

si 6087

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

35

NUMERO EXTRAORDINARIO

Remigio Crespo Toral

LEYENDA DE HERNAN

CUENCA—ECUADOR

1963



E861.4

si6087

mlu 141268(way)

E805

U48P

REMIGIO CRESPO TORAL

516087

Leyenda de Hernán

Homenaje en el 95 Aniversario de la Fundación
de la Universidad de Cuenca.

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

y albo cielo, suben a pie desnudo de campo, a bello pie que, de pronto, es superado por las alas que encenderán en la noche contemplativa los distantes florecimientos de las estrellas y volverán en la primera mañana, con igual bello pie desnudo con que partieron, en el beso del rocío que ha de encender los pétalos y las gargantas de los jilgueros...

Amor por lo nuestro, sí, tanto amor que maravilla para haberse guardado en un solo corazón... Mas también, y por ello mismo, poder absoluto de tornar lo nuestro universal y cósmico, de tal manera que por amor del Maestro la corriente de agua lleva idioma más allá de los idiomas y el ramo de geranios, de pronto, tiembla como ramo de labios campesinos listos al beso de cualquier corazón del mundo de acá o del cielo...

Honda hondura para penetrar, comprender y amar cosas y seres del campo, tal como ellos son en su sencillez diáfana, pero también trascendentalizados en su perenne verdad de rocío o estrella para todos los tiempos... Si el retrato retrata la belleza original en purismo de agua, nube, brisa o viento, retrata también tanta belleza del alma del Maestro que eterniza los momentos, cumpliendo así la misión poética perfecta: no dejar que nada muera, ni aun la misma muerte...

La tragedia que se teje en el campo, apenas bajo el dominio de los horizontes más distantes, es de seda, de finísima seda, sutil y leve en seda: a ella se va el alma, también a pie desnudo campesino, por el camino de la brisa y el viento, por el camino de la vertiente y el capullo, por el camino de la miel y el

trino, por el camino de la noche que parece apagar flores y solamente enciende estrellas...

La tragedia dolida e íntima es otro modo de ser del campo, un modo muy suyo y muy de las almas del campo... Aun la turbiedad de una alma que parece olvidar el reflejo puro del campo es también como el campo en hora de noche tormentosa que agita sin piedad el campo...

El alma se ha quedado fragante a este campo nuestro, a este campo cuencano que ha de besarse a pie desnudo... El alma se ha quedado llena de esta pasión campesina, llena de este amor por el amor y el dolor del campo... Y cuando pensábase que el alma iba a ser tesoro de lágrimas, he aquí que por la voz del Maestro aprendió simple y profundamente a leer el lejano dolor de las estrellas que no es sino el mismo dolor del campo hecho cielo por el milagro de la santa poesía...

RIGOBERTO CORDERO Y LEÓN

PRELUDIO

Amigos, que adoráis la poesía,
hija del Cielo, hermana de la pena,
escuchad la elegía
de un alma tierna, encantadora y buena,
que amó hasta el fin, pues ama todavía.

Yo trasladé del verso a la clausura
del desdichado Hernán la ingenua prosa,
un poco de sus horas de ternura,
una gota del mar de su amargura,
mezclada con su sangre generosa.

El libro hondo y sincero,
en que el llanto nubló los caracteres,
guardo aún del querido compañero,
que en las lides del aula fue el primero
y en amor el más triste de los seres.

Penas trajeron madurez temprana
al pobre Hernán. Tal vez, vaga sin senda,
el alma mustia, la cabeza cana,
de otro hemisferio en la región lejana;
mas, nos queda el primor de su leyenda.

Al son agreste de la flauta andina,
en el lenguaje de emoción suprema,
con sencillez humilde campesina,
cuando a ocaso declina,
el buen Hernán os cante su poema.

PRIMERA PARTE

I

No cabe en la prisión de la memoria
y pues mis días y mis noches llena,
también yo os cuento mi infeliz historia
de poca dicha y de insondable pena.

No capricho del arte o de aventura
dictó mi narración. Pues amé tanto,
ella del llanto tiene la amargura,
la ingenuidad del llanto.

Que ese despojo triste
de los bienes perdidos
es todo lo que al fin quedó y existe
de mis años floridos.

Hermanos, si algún día
sentís de la pasión ansias extrañas,
¡como a mí que me hiere todavía,
no os rasgue la perfidia las entrañas!

¡Conceda el Cielo a vuestras largas horas
ternura y paz bajo el nativo techo,
y en sucesión de noches y de auroras,
la grata mesa, el descansado lecho!

Y de los años en la dulce prosa
siempre vulgar y siempre repetida,
en el amor de madre, hijos y esposa,
rindáis al fin la carga de la vida.

II

Al calor maternal hemos crecido
mi hermano Antón y yo, cual dos polluelos
en el rincón del nido;
y no fue por nosotros conocido
nuestro padre, a quien Dios guarde en los cielos.

Asoma en la distante serranía
la paterna heredad cerca del río,
no muy lejos la selva alta y bravía,
y en torno, en verde y plena lozanía,
tesoro de los campos, el plantío.

De un valle al fondo estrecho,
donde blanquea la tortuosa senda,
se divisa a la falda de un repecho,
cercada de romeros y de helecho,
y floripondios blancos ¡nuestra hacienda!

Qué airosa la colina,
do en apiñado grupo la retama,
al viento que la inclina,
del áureo seno, esencia campesina
en la límpida atmósfera derrama.

Y cuán bella la casa levantada
de la eminencia verdinegra al flanco,
fantástica morada
desde lejos mirada,
como paloma, encima del barroco.

Desde allí dominábase la extensa
decoración agreste del paisaje:
la cordillera en humareda densa,
mostrando en línea gigantesca, inmensa,
el murallón del páramo salvaje;

y al pie de las nubladas cordilleras,
sobre la ondulación de los collados,
en cuadros divididas las praderas,
con magueyes, morales y chumberas
de los verdes cercados.

Contemplar, de la granja en los umbrales,
al primer sol, qué hermoso panorama!
A los dorados rayos matinales,
se cubrían los vastos pajonales
con túnica de llama.

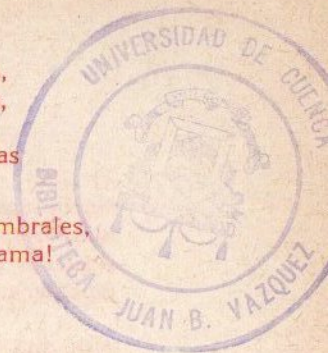
Y al fondo de los valles lentamente,
desde el confin de la lejana cumbre,
se extendía cual oro reluciente
la rápida corriente
de la celeste lumbre.

Casa que miro aún en las visiones,
¡oh recinto de paz, umbrroso risco,
en que dos corderillos retozones,
palpitando a compás sus corazones,
dormíanse en la calma del aprisco!

¡Qué claro el corredor donde acudían
avecillas parlaras!
¡Qué frescura y color el que tenían,
esas que a las ventanas ascendían
rojas enredaderas!

Detrás de aquellas rústicas ventanas
meciósse nuestra cuna.
Primero allí lucían las mañanas,
y llegaban tempranas
las tranquilas miradas de la luna.

Y reina nuestra madre, en la inocencia
y paz de las montañas
luto vestía, de dolor herencia,
resistiendo en la lid de la existencia
por los frutos de amor de sus entrañas.



III

Noches de la niñez encantadoras.
días de la niñez ¡qué paraíso!
Aquellas en la vida únicas horas
en que la madre con pasión nos quiso.

¡Oh qué incansables juegos
en patios y llanuras y caminos!
Del bajo mundo a la perfidia ciegos,
eran arcano aún nuestros destinos.

¡Inocencia feliz, edén del alma!
A todo indiferentes,
gustamos, sin saberlo, aquella calma
que es cielo de las almas inocentes.

La vigilia era un sueño,
un sueño de emociones no agotadas,
y la noche un ensueño
en la mansión de encanto de las hadas.

A nuestra vista, con experta mano,
madre, la más gentil de las mujeres,
del alfabeto, balbucir humano,
trazó los caracteres.

Diónes ella la leche de la ciencia,
desató nuestro paso en la diaria
labor, prendió la luz de la conciencia
y a hablar nos ensayó con la plegaria.

La escuela era de amor, do la ternura
juntábase al saber: gratas primicias,
cuando la mente, rota la clausura,
comenzaba a volar entre caricias.

Pero esa flor de luz duró un instante.
Presto del alma en el jardín ameno,
la savia hinchó el botón, el que anhelante
sintió nacer estambres en su seno.

La adolescencia con febriles ansias
despertó con sus impetus dormidos.
Traía los calores, las fragancias
del vergel, de los campos, de los nidos.

Y la dolencia del amor nacía,
con languideces o tenaces vuelos
de ansiedad y osadía
y con incertidumbres y recelos.

Llegó lo indefinido,
lo encantador, lo oculto de la vida:
la locura febril que había nacido
abriendo al corazón la dulce herida;

el oscilar febril pero distinto
del pecho que, cual péndola, palpita;
el amor, el instinto
que surge y que se agita.

De la inquietud liviana
principio y fin, la chispa y el incendio;
todo el ardor de la pasión humana;
de la existencia, hasta morir, compendio.

IV

Mi hermano tiene, de su muerta esposa,
una hija. —Revelónos una tarde
nuestra madre—. Será la niña hermosa,
como su madre Inés, que el Cielo guarde.

Por mí se llama Juana,
y es de tu edad, Hernán. —Calló... Mas, luego
añadió suspirando: —¡Es tan lejana
la tierra en donde habita el pobre ciego!

¡Hermano mío! De llorar cansado,
la muerte de su bien, perdió los ojos,
y hoy sólo aguarda, enfermo y desolado
de su esposa juntarse a los despojos—.

Antón y yo fingimos misteriosa
a la prima: si rubia, si morena,
talvez sería o graciosa;
mas siempre, como nuestra madre, buena.

Yo soñaba ¡qué sueños!
en que ella aparecía ante mi vista,
los cabellos sedosos,
la faz como prodigio de un artista.

Fue la primer visión encantadora
que llenó con imágenes mi mente.
Al despuntar la lumbre de la aurora
la sentía presente.

Y después la miraba
volando en torno, frágil mariposa
de la ilusión, que empieza y nunca acaba
bajo los cielos de color de rosa.

Juana... ¡Su nombre el de mi madre! Yo era,
debía ser su amante.

Mi infantil fantasía prisionera
la veía llegar, a cada instante.

Y en largas si, mas no advertidas horas,
cerrando el libro sin mirar, sentía
que me cercaban nieblas soñadoras
y algo que no entendí: melancolía.

Quedábame tendido
sobre la grama, al borde de la fuente,
absorto a su ruido,
perdida en vaga languidez la mente.

La dolencia incurable
del amor en mi pecho los profundos
cauces abrió, y espíritu adorable
me llevaba a las playas de otros mundos,

do me enseñaba, airosa y repentina,
su faz de encanto la belleza humana,
que, al trocarse después en la divina,
rendíame a su fuerza soberana.

V

Una noche, ¡qué angustia!
alguien llegó jadeante a la alquería.
Quedó mi madre mustia...
—¿Qué desgracia será? ¡Virgen María!

¡Oh ansiedad! una carta el mensajero
dió a mi madre. Ella, trémula la mano,
abriéndola, al instante, en lastimero
gritó, dijo: ¡Murió... murió mi hermano—

Después de lentas horas angustiosas,
vino el sueño que da naturaleza,
para quietud y norma de las cosas,
pues nada dura aquí, ni la tristeza.

—Ay! Juana, pobre huérfana, hija mía!—
en abundosas lágrimas bañada,
nuestra madre a sus hijos repetía:
—Quedo yo para esa hija desolada.

De mi hermano infeliz santo legado,
de su doliente amor único fruto,
ese ángel del dolor vendrá a mi lado,
para vestir las tocas de su luto—...

Y vimos en seguida,
sin que el candor de la niñez comprenda
su primer amargura, la partida
de nuestra madre a la lejana hacienda,

donde en la soledad de su agonía,
la pobre prima en silencioso duelo,
no hallaba a su dolor más compañía
que la impasible soledad del cielo.

Quedó desierto y lóbrego el cortijo,
nosotros en insólita inclemencia.
Por la primera vez conoció el hijo
cómo es el mal de la materna ausencia.

Al sueño nos rendimos sollozando...
Mas ya al amanecer, la imagen bella
de Juana iba, en visiones, asomando,
como en la tarde, la primera estrella.

¿Si será cual la he visto enamorado,
por el cristal radioso del ensueño?
Pero, pronto a mi lado
vendrá la realidad... ¡Seré su dueño?

VI

Mirábamos un día y otro día,
de lo alto de la cuesta,
luego que nuestro afán previsto había
para el regreso la inocente fiesta.

Ramas del fresno de oro
a pasionarias rojas enlazadas,
formaban arco en rústico decoro,
del patio a las entradas.

Y una lluvia de pétalos de flores,
supremo don de las campestres galas,
cubría con alfombra de colores,
la senda, el corredor y las escalas.

Y soñábamos tanto al ver cercano
el momento feliz... Vendrá trayendo
nuestra madre el presente soberano,
que adivinado ya, lo estamos viendo.

Sólo que la tristeza
del duelo no pasado
envolvería en sombras la belleza
de aquel ser, si no visto, ya adorado.

De ansiedad palpitando las entrañas,
veíamos encima del otero
hasta el confín azul de las montañas,
la línea del sendero.

Insistente, llorosa la mirada
inquiría en los términos distantes.
¡Qué veces en la atmósfera nublada
le engañaban imágenes errantes!

Al fin, cuando el crepúsculo en el cielo
y en la tierra extendió su pardo manto,
sorprendió nuestro anhelo
lo que ansiábamos tanto...

Ya aparecen... Dos, tres cabalgaduras,
y en el corcel que guía,
nuestra madre... Sorpresas y ternuras
de la inocencia que al dolor nacía.

De ansiedad largo instante. Hacia el encuentro
fuimos a la carrera,
por el barranco hasta la hoyada, adentro,
y después, adelante, en la pradera.

Era el anochecer. Casi rendidos,
del ocaso a las últimas centellas,
Antón y yo, de amor enloquecidos,
asomar las miramos: ¡eran ellas!

El pecho palpitante,
comprimido en las fauces el aliento,
lo cercano creyéndolo distante,
era una eternidad cada momento.

Llorando ¡que así son los regocijos
de la vida! la madre los pedazos
juntando de su amor, juntó a los hijos,
en el caliente cerco de sus brazos.

Y ella, dando expansión a su terneza,
estrechó con nosotros a su pecho
a la niña, esa flor de la tristeza,
que en el dolor traía su derecho.

—Es mi hija y vuestra hermana—
nos dijo, y añadió, como bromeando:
—la prima, Hernán—, y Juana
se ocultó bajo el manto sollozando.

Llegamos a la casa, la que ardía
con el nuevo alborozo de la fiesta.
Resonaron cien gritos de alegría
y de los perros estridente orquesta.

Y ella, inclinando el manto
sobre la faz llorosa, no mostraba
sino una parte del secreto encanto
que por secreto, más arrebatada.

Luego ¡curiosidad siempre importuna!
desceñido el embozo,
sorpender pude, al rayo de la luna,
su esquivo rostro hermoso.

Cual soñado la había:
púrpura y cera juntos, los sonrojos
del pudor, palidez de poesía,
todo bañado en lumbre de unos ojos

húmedos como flores tempraneras
del pensil de la aurora,
temblando con las lágrimas primeras
de que el sol se enamora.

Contrastaba lo negro de la toca
de su faz con la pálida blancura,
y retozaba el gesto de su boca,
añadiendo la gracia a la hermosura.

¡Embriaguez de ese instante! Mi inocencia
halló, no la caída,
sino de un ángel la gentil presencia,
para el edén de encanto de la vida.

Traía ella a mi mente
un mundo virgen y una luz sin mancha,
una paz de caricias que no miente
y una emoción que el corazón ensancha;

y en que al amor, como a pasión divina,
no se mezcla de fango ni una gota...
El agua de la fuente cristalina
mansa en el lecho de granito brota,

sin saber que muy presto
desatada la vena, por el tajo
del peñascal enhiesto
irá, manchada por el cieno, abajo.

¡Breve oasis del alma, en que despunta
el astro de los sueños de improviso,
y la verdad a la ilusión se junta,
en el único humano paraíso!

VII

En súbita mudanza,
vi cómo el horizonte antes cerrado
se abrió por el rincón de la esperanza,
y sentí en su amor iluminado

Y enfermo de inquietud indefinible,
gusté de una adorada servidumbre
el yugo amable, el aguijón sensible
tibio calor y sosegada lumbre.

Pues nací para amar, pues mi destino
fue completarme en otro ser, y trunca
mi alma a la tierra vino,
y hallada su mitad, no olvidó nunca.

Fue el suspirado bien que amanecía,
la ilusión encontrada.
Ya, no más persiguió mi fantasía
la ventura soñada.

Desde entonces, no pude ni un momento
ya de ella separarme. Su amor era
luz de mis ojos, aire de mi aliento,
mi sangre, mi alma, mi existencia entera.

VIII

Vagábamos el día en los risueños
campos bajo las frescas enramadas,
y en la noche en los sueños,
del amor en las tierras encantadas.

Y una noche soñé. Como a un espejo
llegaron las imágenes radiosas
de la ilusión, cual nítido reflejo
de la verdad ya vista de las cosas.

En los campos natales
se adelantó cual ninfa en la espesura
y tierna cual los tiernos recentales,
ella, la melancólica hermosura.

¡Qué embeleso, qué nuevas emociones!
frescura de la tierra, húmedo aliento
de las hierbas en flor en los pulmones
y al fondo bullidor el sentimiento.

Contemplo aún el diáfano paisaje
de esa noche serena:
de nubes avanzada el oleaje
en torno al disco de la luna llena,

vistiendo de fulgor el horizonte,
y una ondulada ruta,
que se perdía en el lejano monte
para llegar al fondo de una gruta.

De la montaña entre tajados filos
descolgaban los puros manantiales
sus transparentes hilos,
sobre musgos, bajo húmedos juncos.

Y allí, no esquivo ya, la amada mía
de la gruta en las breñas,
si la buscaba yo, llorar fingía;
pero al fin me llamaba con las señas.

Su desdén no era cierto; que a mi ruego
me pedía la mire en los cristales
del agua; allí rendida al dulce fuego,
me daba sus caricias virginales.

Y escuché el sí, la sílaba bendita
que junta en breve, espiritual cadencia,
dos almas para la dichosa cita
que hace de dos tan sólo una existencia.

El canto de los pájaros del huerto
me despertó. Salí al jardín, afuera,
en la mente llevando como cierto,
lo que en el sueño, enamorado, viera.

Y al punto la busqué ¿Dónde está Juana?
No se desentornaba todavía
de su nuevo aposento la ventana
donde la enredadera florecía.

Inquietud y ansiedad que mis sentidos
llenaron, insistentes me pedían
que ella salga. Del pecho los latidos
sobre las plantas vacilar me hacían.

Presto un ruido en la sala
se oyó, pasó adelante
alguien... La bienvenida por la escala
bajó, cual lirio, pálido el semblante.

La miré frente a mí. Ya no el embozo
cubría los contornos de su cara:
desnudo el rostro hermoso,
a todas las bellezas desafiara.

De la mansión de encanto
donde la contempló mi desvarío,
vino ya sin el manto,
¡fresco botón que humedeció el rocío!

Los ojos levantados,
como pidiendo a su dolor consuelo,
a mi madre sus brazos enlazados:
¡así nos la dió el Cielo!

Me adelanté a mirarla, palpitante;
crispó mi piel intenso calofrío.
La miré, me miró: cruzó al instante
una corriente de su pecho al mío.

Era el encuentro de dos almas, era
el viento que buscando sus amores
encontraba, al final de su carrera,
para dormir, el seno de unas flores,

donde el sutil arcano
de la ilusión a realidad venida,
polen de oro será, perfume y grano:
síntesis del misterio de la vida.

IX

Pero tenía miedo
aun de mí propia dicha. Cierlo día
intrepidez cobré, fui con denuedo
hacia ella; mas, no pude todavía...

¡Imposible! que en nuevo sobresalto,
luchaba el corazón. Con el semblante
pálido, al dar el salto,
quedaba inmóvil yo y ella delante.

Era la timidez: no la del niño,
a la humana pasión indiferente,
no el virginal cariño
que no sabe qué siente;

cuando sin conocer a otras mujeres
más que a la dulce madre, no acertaba
nuestra ciencia el destino de los seres,
ni dónde el bien con el placer acaba.

Llegó la adolescencia soñadora
con muda, espiritual melancolía,
adolescencia que en la dicha llora,
y no es sino en minutos alegría.

¡Ay que así es la ventura,
de algo intangible mentiroso nombre,
aura que pasa, nube que no dura,
aunque las quiera retener el hombre!

Y el amor comenzó. Yo la seguía
cual perrillo al pastor. Sencilla y buena,
con señas de sus ojos me decía,
que me amaba, tal vez, sólo de pena.

En silencio mi hermano taciturno
nos miraba. Le dije: —Antón, ¿qué tienes?—
No respondió... Sentí yo que a mi turno
el dolor me apretaba entrambas sienas.

¿Se alzaba en este instante ante mi vista
lo imposible quizás de aquel empeño,
lo audaz de la conquista?...
¿Seré? nunca seré su amor y dueño?

¡Ay, que veía lejos el momento
en que decirla mi mitad pudiera;
y libres, juntos, revolar al viento,
aves en la estación de primavera!

Pero ella parecía
morder a ocultas los claveles rojos
de sus labios, y huía,
temblosa, la lumbre de mis ojos.

Llegó el trance angustioso en que encontrase
su centro en su alma mi alma prisionera,
y que ella al fin me amase,
y la paz fuera y la ventura fuera.

Mas el recelo e indiferencia muda
vinieron; ¡y qué días esos días!
vacilaciones, esquivaces, duda,
noches de insomnio y lentas agonías.

Así de una mortal incertidumbre
arrebataado en los revueltos giros,
vagaba cual sin lumbre,
sin más lengua que estériles suspiros.

Hasta que al fin: —Hernán estás muy triste
y Antón enfermo tú— mi madre dijo.
Quedamos en silencio... ¡Conociste,
madre el amor y la ansiedad de tu hijo!

Que tú la tentación trajiste al nido,
la que a la humanidad trueca en esclava:
esa que nunca matará el olvido,
que no pude morir, que nunca acaba.

Pasada la inquietud de una semana,
la encontré en el jardín. Regresar quiso.
Logré audacia al instante sobrehumana
y valor de improviso.

Ella tentó a saltar en la cañada
y se enredó del junco entre los lazos...
Cayó esa flor de mi alma enamorada.
Salté, la levanté: ¡vino a mis brazos!

Y su mano al sentir dentro mi mano,
la suya cual la mía
temblaron, el momento soberano
en que la audacia en la pasión crecía.

—Te haces daño— le dije. Al levantarse,
pagóme con la miel de su sonrisa.
Y después se alejó, y al alejarse:
—gracias— oí, cual beso de la brisa.

En el jardín quedé desfalleciente,
sentí ya lleno el corazón vacío,
y la quietud después, y alcé la frente:
¡fui dueño de su amor! ¡tuyo, bien mío!

X

Mas debimos partir, lejos, muy lejos,
a la ciudad, a la escolar fatiga.
Qué sabios los consejos
de nuestra madre: ¡el Cielo la bendiga!

En secreto me dijo:
—Ya no es posible, Hernán, que tu insistencia
no lo permite... ¡Ay hijo!
ella tuya será, mas ten paciencia.

Vete a estudiar y guarda
sé de tu hermano; juntos a la aldea
volved. En tanto que tu bien aguarda,
cuando al fin deba ser, hijo, que sea!

Adolescente aún, no la mereces.
Lucha, estudia. ¡Feliz sea tu estrella!
y el Señor premie tu ambición con creces
y te la dé más arrogante y bella...

De un puñal sentí el filo
al fondo dolorido de mi pecho.
Enmudecí, y al parecer tranquilo,
a plomo me arrojé sobre mi lecho.

Me cubrí, me escondí, quise asfixiarme;
y contando las horas angustiosas,
tenté por la locura a rebelarme,
ya perdido el concepto de las cosas.

Vino la noche para mi alma eterna,
noche de insomnio, horror y calentura,
de solitario drama lucha interna
entre el frío deber y la ternura.

Esa ternura intensa
de la edad juvenil, en que se agita
todo el humano ser y se condensa
en una aspiración casi infinita.

Mas se alzó frente a mi, blanda y severa,
mi madre que de nuevo me decía,
con piedad de mi pena: —Hernán, espera;—
y Hernán lloraba cuando así la oía.

Llanto, rocío y bálsamo del alma,
llanto regado en el materno seno,
me trajo al fin la calma,
y mi amor esperó: torné a ser bueno.

Y al despuntar la luz, lancéme afuera,
por beber en el aire que es la vida,
el aroma de verde sementera
en la pampa florida.

Cuan bello apareció con los sembrados,
con la grama y la arena de la senda
y los altos cercados,
ese rincón de flores, nuestra hacienda.

En flor los naranjales,
en flor el sauce, en flor los chirimoyos,
inclinados y frescos los juncas
savía pidiendo al cauce del arroyo;

el jardín embriagado en sus aromas
y dormido, al arrullo de la fuente,
en el frutal las verdinegras pomas,
promesa cierta del verano ardiente;

y al fondo de ese marco de follaje
de cerros, bosques, aguas y praderas,
oculto como nido en el ramaje,
se mostraba el balcón de enredaderas.

Su balcón al que van mis ansias todas,
florido albergue del amor primero,
donde vaga el ensueño de mis bodas,
blanco como la flor del limonero.

Por encontrar a Juana
a un extremo corrí de la alquería.
Estaba allí, que mi inocente hermana
me esperaba también: lo presentía.

—¡Ay qué pálido estás!— me dijo mustia.
—Y tú también— repuse. —¿Y me abandonas?
Me moriré— —Yo moriré de angustia
también... Pero perdón!... Ya me perdonas!—

No hablamos más. Nuestra final caricia
fue el silencio, lenguaje de la pena...
Adiós! la ruta del dolor se inicia
a que Dios o el destino me condena.

Mis arterias latieron...
Ella muda siguió, yo seguí mudo.
Tan sólo nuestras lágrimas dijeron
lo que la humana voz decir no pudo.

Y a los decretos del dolor sumiso,
huí cual si pudiera
huir de mi pasión... Así lo quiso
mi madre —Hernán, espera!—

Y fui a llorar a solas de la ausencia
punzadores abrojos.
—Hernán tuya será, mas ten paciencia—
recordé al fin, y me enjugué los ojos.

XI

Amanecer brumoso,
aquel amanecer de la partida.
Lentamente llovía: así lloroso
nuestro cielo nos dió la despedida.

Con ademán sereno,
escondiendo el dolor tras la armadura
de su deber, nos estrechó a su seno
nuestra madre, con íntima ternura.

Juana no apareció ¡La pobre hermanal,
y a toda luz abierta
estaba su ventana:
acechaba talvez junto a la puerta.

Al balcón fue con la última mirada,
sangrando, palpitante,
mi corazón. Y luego ¡a la jornada!
adiós! cerré los ojos y... ¡adelante!

En la campaña de la vida el salto
de la lucha primero...
Contemplamos de lo alto
de la hacienda, patente el derrotero...

Emprendimos viaje,
siguiendo al guía en inconsciente marcha.
De la neblina por el leve encaje,
cerníase la escarcha.

Después un sol de llama en las alturas
extendió sus fulgores, y avanzamos
por colinas y valles y hendiduras,
que por la vez primera contemplamos.

Y cuando cabizbajos, paso a paso,
en una senda de guijarro y lodo,
vimos huirse el sol en el ocaso,
asomó la ciudad, tras un recodo.

Sus torres blancas, sus tejados rojos,
el valle extenso, el cristalino río,
no miraron mis ojos
sino a través de lágrimas ¡Dios mío!

Eramos del redil los pobrecillos,
lanzados al hervor de la caterva.
¿A qué venían tristes y sencillos
sino a llorar por su rincón de hierba?

¡Ay la vida cuan seria!
del combate interior a la futura
edad paso inicial, que la materia
crispa en la convulsión de la amargura!

Y en la ciudad entramos,
tras la jornada perezosa y larga:
para aprender y combatir llegamos,
¡bestezuelas de carga!

XII

Qué noche aquella noche tenebrosa
en la ciudad! El aposento estrecho,
la lumbré parpadeando tenebrosa,
en un rincón el alquilado lecho.

En la ciudad, doliente peregrina,
ante la mesa y la comprada cena,
la sencillez humilde campesina
sentía lo infinito de la pena.

Agobiado, con frío,
harto de penas, de recuerdos harto,
temblé en la soledad, sentí el vacío
cuando cerramos el oscuro cuarto.

Escondi la cabeza,
como la esconde el pájaro aterido.
En el seno me hundi de la tristeza
ave extranjera ausente de su nido.

Me quitaré mañana
el poncho de la hacienda: la librea
tendré que no calienta, ciudadana...
¡Adiós, blando ropaje de la aldea!

Con lágrimas de angustia
los lienzos empapé de la almohada.
Luego, cual siempre desolada y mustia,
mi alma buscó la celestial morada.

Perseguida, cual ave
que huye de la tormenta y sus negruras,
fue a do su instinto sabe:
con su amor refugióse en las alturas.

XIII

Ausencia! Fue un preludio de la muerte.
En la ciudad las horas
vertía el tiempo, como el agua vierte
en la piedra sus gotas roedoras.

Mi cuerpo allí la mente retenía
en el aula, en el libro; mas la senda
de repente se abría
mi corazón a la lejana hacienda.

Y palpando y sintiendo
del vivir las presentes realidades,
mi otra vista iba lejos, persiguiendo
mis perdidas, mis dulces soledades.

Mi ser como dos seres
vivía aquí y allá, sin que pudiera
hallar otra ilusión y otros placeres,
que el de soñando regresar siquiera...

Ir con Juana fingía hacia la fuente
que dió el agua a la mata de su pelo;
junto a ella, en la ribera del torrente,
do por primera vez la abracé al vuelo;

cuando al saltar encima del ribazo
tropezó con las zarzas enlazadas,
y cayó luego en mi amoroso brazo,
y me pagó en sonrisas y miradas.

Y, al contemplar de la ciudad afuera
la verdura del campo, el agua que iba
feliz rodando, diáfana y ligera,
hasta llegar a mi heredad nativa;

ay! las nostalgias del amor llegaban
a lo profundo de mi pecho herido,
y envidiaba a los ríos que marchaban
con ruta cierta hacia mi hogar perdido.

Y en la noche, en las brumas del ensueño,
llegaba siempre a la visión querida:
gozquecillo a la sombra de su dueño,
mi alma quedaba a su rincón dormida.

Y en el libro surgía luminosa
ella con nuevas misteriosas galas;
en las ninfas de Grecia siempre hermosa,
del Lacio en las zagalas.

Ya era la diosa blanca con rocío
de la aurora marina,
o Filis acechando en el estío
bajo la tibia gruta campesina.

Safo ahogando el estallar del pecho
con el prodigio espléndido del canto,
o Dido en el despecho
apagando la hoguera con su llanto.

Calipso en la encantada
isla, la amante y bella
Hero, la que durmióse enamorada:
¡en todas partes ella!

Así mis largas horas tenebrosas
las llenaba el amor. La amada mía
en heroínas, sílfides y diosas,
con nueva juventud aparecía.

Y así una indefinible somnolencia,
con languideces, vuelos y caídas,
dividió mi existencia
en ilusión y realidad: dos vidas.

XIV

Mas su recuerdo mismo
me salvó. Grande y animoso y fuerte,
amor fue mi bautismo,
que redimió mi vida hasta la muerte.

En la hazaña arrogante,
hendiendo la corteza de la ciencia,
más ambicioso cuanto más amante,
de laurel coroné mi adolescencia.

Estudiar y saber fue toda el ansia
de esos años de prueba. Yo sabía
que ella, de la distancia:
—¡Adelante!, hasta el fin, me repetía.

Y yo intentaba enaltecer mi nombre,
para juntarlo al nombre de mi amada,
y ser el sabio, el invencible, ¡el hombre!
que la guíe hasta el fin de la jornada.

¡Ambición la más bella!
vencer al mundo, del grosero y bajo
instinto siervo; y del amor la estrella
seguir, en el martirio del trabajo.

Comprendí la nobleza
del amor, ese culto a la hermosura
que engendra en nuestro ser naturaleza,
para nuestra ventura.

¡Y única gloria humana!
de mi laurel plantar la rama altiva,
al pie de su ventana,
en el jardín de la heredad nativa.

XV

Ni me escribió ni le escribí. Temía
manchar del lirio el pétalo de nieve.
Mi madre sus recuerdos me decía,
siempre en palabra indiferente y breve.

Una vez, las corolas
vinieron de la roja enredadera...
Dentro el papel al encontrarlas solas,
adiviné lo que ella me dijera...

Y, ave embriagada en las nativas flores,
ebria de intensa luz, volando inquieta
por la campiña en flor de mis amores,
sentí nacer el canto y ¡fui poeta!

Con infantil gorjeo de la rima,
que desde el corazón al labio sube,
a la hacienda, a la casa y a la prima
quise volar, pero vergüenza tuve.

Y tornó el verso al fondo de mi pecho,
avecilla sin alas, la bendita
hora esperando en que el materno techo
diese a los dos la suspirada cita.

Entonces, mis estancias, las implumes
hijas del corazón, con manso ruido,
rodarian nutridas de perfumes
en la concha de nácar de su oído...

XVI

Largos, tristes seis años de la ausencia,
a una lenta agonía semejante,
se acabaron. ¡Adiós, ingrata ciencia!
A casa volverán los estudiantes.

¡Dichosa esa mañana!
cuando aguardaban en el patio listos
los caballos, y al hombro la ruana,
vimos llegar los goces ya previstos.

Pálido estaba Antón y pensativo,
yo de alegría loca haciendo alarde,
él reservado, esquivo;
yo arrogante, él cobarde.

Yo era feliz. Inquieto interrogaba
al buen paje Martín: —si ella ha crecido,
si por mí preguntaba,
y si algo para mí dijo al oído—.

Martín calló. Con guiños dió respuesta
de estudiada malicia...
Comprendí al punto, el corazón en fiesta,
que estaba ya colmada mi codicia...

¡Adiós prestado cuarto ¡Allá se quede
la ciudad con sus torres y sus calles.
Habite en ella el que tornar no puede
a su sol, a su tierra y a sus valles.

—Mi caballo, adelante!— Ya él se lanza
al ardor del jinete que le impulsa;
por el sendero conocido avanza,
en marcha loca, férvida y convulsa.

¡Qué interminable ruta!
Y galopamos sin cesar, ansiosos
de contemplar desde la cumbre hirsuta
la casa entre los árboles frondosos.

Al fin, llegamos a ganar la cuesta:
¡allá partida en húmedas barrancas
la montañuela enhiesta,
el fresno de oro y las ventanas blancas...!

Un punto, en su ventana
divisaron mis ojos...
¿Si mi madre será, si será Juana?...
Del caballo salté, caí de hinojos.

Y adoré a Dios, que devolverme quiso
al casto nido que a lo azul se yergue;
al bendito, apacible paraíso,
de mi soñado amor único albergue.

A la cresta más alta del camino
el viento de mi valle se venía;
dábame dulce beso repentino,
me saludaba, y al hogar volvía.

¡Tarde de bendición la tarde aquella!
Al llegar, al instante
nervioso me arrojé: ¡pensaba en ella!
sin concierto, convulso, vacilante.

A mi madre primero
quise abrazar. Y fuerza sobrehumana
a otros brazos llevóme prisionero:
¡a los brazos de Juana...!

—¿Y a mí? clamó mi madre sonriente.
Y, ardiendo en ruborosa llamarada:
—perdón— dije a mi madre... Blandamente
diome ella la piedad de su mirada.

Con la vergüenza me oculté llorando
de mi madre en el seno... La cabeza
escondió de sus hijos, exclamando:
—¡Hijos, ahora nuestra dicha empieza!—

¡Qué encanto, qué alborozo!
Esa fue la explosión del contenido
raudal de nuestro amor, de nuestro gozo,
a ningún otro gozo parecido.

El corredor con toldo de verdura,
a usanza de la sierra,
mostraba del mantel en la blancura
flores y frutos de la amada tierra.

Cuando quise en la mesa, separado
de ella sentarme, díjome: —es tu puesto—
en secreto, mostrándome su lado,
con gracioso ademán y altivo gesto.

La vi en plena y hermosa florecencia.
No era la cervatilla en las montañas,
que al saltar el umbral de la inocencia,
la mirada escondía en las pestañas.

Amor la tornó altiva,
el amor que presta alas al sentido
de la paloma esquiva
y la enseña a volar, lejos del nido.

Ella aumentado había su belleza.
Ya su semblante pálido, de duelo,
recobró la perdida gentileza,
bajo la umbrosa mata de su pelo.

Y creció con el aire campesino,
al riego de las aguas de la fuente,
sin más aliño que el fulgor divino
de la luz de los campos en la frente.

Su boca la sonrisa estremecía
en leves ondas. En los labios rojos
el tesoro de perlas escondía
a la febril codicia de mis ojos.

Junto a mi madre, que en la faz mostraba
el gozo de su amor, con insistencia
Antón nos contemplaba,
en actitud de fría indiferencia.

Lo comprendí... Mas del amor la estrella
el nublado deshizo...
Junto a ella me sentí, sólo para ella,
y me aisló su divinal hechizo.

Vacíé esa noche sin igual la copa
del vino de mi casa.
Sentí arder en mi seno y en mi boca
de la pasión la quemadora brasa.

Repetí, con calor, con osadía,
de la elocuencia estudiantil dispersos
retales de gentil sabiduría
y el tesoro escondido de mis versos.

Como quien sin quererlo al fin lo dice,
sin que la turbación la lengua anude,
¡tantas cosas le dije que no quise,
tantas quise decirle que no pude!

Con las mías sus manos
juntáronse en cadena indestructible.
Nos dijimos hermanos, sólo hermanos
con una fruición indefinible.

Así el amor y el vino
al inocente colegial rindieron.
Sobre el lecho rodé, casi sin tino,
y los ensueños límpidos vinieron.

Vinieron placenteros
con abrazos y citas y caricias.
Eran los frutos del amor primeros,
de mi pasión las candidas primicias.

Soñé. Volvió a la iluminada mente
del griego mito el resplandor egregio.
Apareció de nuevo sonriente
la fresca y casta musa del colegio.

En el rústico idilio,
los pies desnudos en los verdes llanos,
danzaban los pastores de Virgilio,
enlazadas las manos.

Y no muy lejos en la arena rubia,
jugaban con el agua cristalina
Dafnis y Cloe: la menuda lluvia
los envolvía en la sutil neblina.

La zagalilla incauta
se bañaba en el húmedo retiro,
cuando el pastor la dolorida flauta
soplaba con aliento de suspiro.

Cual mi amada sería
la hermosa que jugaba en las arenas
de la orilla, zagala que tenía
de una diosa la púrpura en las venas.

Y fue talvez como ella
la ninfa que al zagal que se avecina
deja graciosa huella,
en la playa marina,

a que el pastor el rastro
de la ribera en las espumas bese,
cuando en la gasa de la niebla el astro
de Venus aparece...

Al despertar, en brazos
me encontré de mi madre que decia,
alternando con besos sus abrazos:
—¡espera, Hernán, no es tiempo todavía!—

SEGUNDA PARTE

XVII

Se agolpan al cristal de la memoria
los paisajes de encanto de esos días,
breves como los días de la gloria,
idos por siempre cual las dichas mías.

¡Tosco pincel, si trasladar pudiera
algo a la estrofa, del color sincero,
del contorno sutil, alma ligera
de aquellos cuadros del amor primero!

El primero y el último. A lo menos
queden para las horas de la tarde
esos recuerdos del edén amenos,
y la rima los guarde.

XVIII

La tempranera poma
inclina ya las ramas del manzano.
Oro en púrpura asoma
tentando la codicia de la mano.

—Yo al árbol subiré— Que nó— Yo quiero
subir— Y salta sobre mi hombro, y ágil
escala el tronco, asienta el pie ligero
sobre la rama frágil.

Y la manzana roja
cual sus mejillas, luego que ha pasado
por sus labios, me arroja;
y en ella encuentro el rastro perfumado,

de aquella mordedura deliciosa
que deja el néctar en la abierta pulpa:
sabor único, miel acre y gustosa,
cual la primera, la inocente culpa.

Súbito arrecia el viento,
inclina y cruje la agobiada rama;
¡y momento de angustia! ese momento
ella cae en la grama.

Corro por recibirla sobre el pecho.
En vano: que en la alfombra de la hierba,
halló el mullido lecho,
donde letargo súbito la enerva.

Al fondo de los labios sonrientes,
¡contraste de belleza peregrina!
la sangre entre las perlas de los dientes
• los tiñe con su púrpura divina.

Me impulsa fuerza ignota
del que hasta lo imposible desafiara;
llevo a mis labios la sangrienta gota,
y mi aliento febril sopla en su cara...

Mas, despierta del sueño,
y sonriendo al despertar —¡es nada—
exclama, el rostro plácido y risueño,
como el cielo al lucir en la alborada.

Y se siente feliz, porque conoce
que la amo con locura, y que daría
por un instante solo que ella goce,
todas las horas de la vida mía.

XIX

Priostes en la fiesta de la aldea
fuimos los dos. ¡Oh visperas hermosas!
La campesina gente se recrea
con esas buenas, infantiles cosas.

El globo de papel vacila y sube
henchido de humo y arrogancia; luego,
de la región del rayo y de la nube,
baja en jirones, apagado y ciego.

Los farolillos lucen en la torre
cual diamantes de luz, la plaza llena
la turba que curiosa la recorre,
con el ágil vaivén de una colmena.

Los niños sin aliento
persiguen el cohete de colores,
que al fondo del oscuro firmamento
esparce las corolas de sus flores.

Y las mesas colmadas,
alfombrados con flores de los valles
patios y plazas, francas las entradas
y con arcos las sendas y las calles,

es en aquella noche de vigilia
todo el pueblo, en sus breñas solitario,
el solo corazón de una familia,
agrupada al alar del campanario.

Y la prioste grave
al altar me precede,
cruza del templo la apiñada nave,
y el paso amante multitud nos cede.

—¡Linda pareja! linda
la niña! presto a nuestro oído llega;
y su cariño la amistad nos brinda
con la lisonja ciega.

En su rostro las rojas amapolas
brotan con la vergüenza.
La belleza gentil de sus corolas
más resplandece con la sangre intensa.

Y en mi rostro curtido por la llama
del sol, la timidez adolescente,
cual fluido de hielo se derrama,
y hace brotar sudor sobre mi frente.

El buen anciano, el Cura
perdona nuestro amor, nos acaricia
con su mirar de paternal blandura:
pues Dios bendice lo que él mismo inicia.

Mi madre ante el sencillo regocijo,
siente llegar de sus remotos días
la no muerta pasión. Hoy para su hijo
serán sus extinguidas alegrías...

Que la memoria santa
de mi padre, que está bajo una losa
del templo, del pasado se levanta
en el alma creyente de su esposa.

¡Oh dulce Religión la que bendices
la pasión y perdonas sus ternuras;
y la palabra misteriosa dices,
que torna en una sola dos venturas!

Ante el altar deslízase callada
la promesa de Juana con la mía.
Nos contamos después con la mirada,
lo que pedía yo y ella pedía...

Y al salir de la iglesia, ella a mi brazo,
me conozco valiente,
llevo arrogante el paso
y a la curiosidad miro de frente.

Y noto que también mi compañera
con brio encantador conmigo a prisa;
serena a todos desafía y luego
me regala el primor de su sonrisa.

XX

Con las pajas y zarzas de las lomas
y ramillas de sauce florecido,
cual fabrican su nido las palomas,
tejamos el alar de nuestro nido.

En la hacienda futura,
en el verde rincón de la montaña,
aparece, perdida en la espesura,
nuestra primer cabaña.

Arrimada a una piedra,
a la sombra de un árbol centenario,
do el liquen cunde y medra,
se alza nuestro palacio solitario.

Es un templo sin cúpula ni naves,
sin puerta ni ventanas,
donde cantan las aves
nuestro ideal amor en las montañas.

Allí las pasionarias trepadoras
extienden sobre el techo sus cadenas;
y crecen zarzamoras
cerca del pradecillo de verbenas.

Por donde, con rumores y querellas,
salta y resbala el hielo de una fuente,
dejando húmedas huellas
en la menuda grama floreciente.

Del mal cubierto techo
las avecillas ven por las rendijas,
cómo es tan pobre el candoroso lecho
de ramas y de guijas.

Y el aire trina y canta
en la hojarasca seca de la choza,
a compás del arroyo que adelanta
su corriente en las hierbas, espumosa.

Y con secas retamas
el hogar encendemos;
calor y lumbre de inocentes ramas
que a la casa traemos.

De la rústica fresa
gustamos, fruto del vergel, temprano;
y bebo el agua del jardín, represa
un instante en la cuenca de su mano.

Y al regresar a casa,
vemos en el alar pendiente un nido...
Su cara tiñe de rubor la brasa,
y aparto yo los ojos distraído...

XXI

En una umbrosa quiebra que se esconde
entre alisares, vese
un verde prado, donde
el trébol cunde y el maizal florece.

De las rendijas brota
de la vecina peña
el agua que desciende gota a gota
hasta el tazón de piedra berroqueña.

Y, culebra de plata,
en el gramal después, en curso blando,
en curvas se desata,
hierba y flores golpeando.

Es el sitio do place
triscar a las ovejas de esta vega,
desde que el sol en las alturas nace,
hasta que a ocaso llega.

Somos hijos del campo, dos pastores
que guían el rebaño a la floresta,
y lo ocultan del sol a los rigores,
en la cálida siesta.

Las ovejillas pocas
y corderillos dos: el uno mío
y el otro suyo. ¡Qué caricias locas
a los dos, qué inocente vocerío!

La sal en nuestra mano
viene a buscar balando, el corderillo.
De ella a los pies se duerme sobre el llano
al son de mi silvestre caramillo.

Las ovejas crecidas, desde el suelo
cual se empinan golosas de las ramas;
las pequeñas el verde terciopelo
triscando gustan de menudas gramas.

Si el recental ensaya la osadía
primera y huye, escúchase el bálido
de la amorosa madre que a la cría
reclama con requiebros de gemido.

Y comparten las tímidas torcaces
el rústico banquete, ellas los granos
recogen que dejaron los rapaces
en los húmedos llanos.

Ella como doncella campesina
hila para la tela de la casa;
a la fuente por agua se encamina
y en el tranquilo hogar prende la brasa.

Somos hijos del campo y de la selva,
nacidos en la paz. Ella en la tarde,
en el hogar, cuando del campo vuelva,
con la mesa me aguarde...

Así los dos zagales,
en aquellas venturas tan sencillas,
gozamos las delicias ideales
de esos seres sin cuita y sin mancilla.

Y nos mezclamos a la paz bendita
y al simple y dulce amor de los rediles;
aprendemos el bien en la infinita
calma de aquellas horas infantiles.

Nos enseñan el campo y la floresta,
pájaros y aguas el saber que enciende
el amor que nos llena, que no cuenta,
ni por llanto se vende.

Así con el rebaño y con la niña,
acariciados por la luz y el viento,
hallamos en la paz de la campiña,
la castidad feliz del sentimiento.

No quiero de la villa la opulencia,
sino el trabajo, el vigoroso empeño,
la adorada quietud de la creencia,
seguro el pan y sosegado el sueño.

Las soledades quiero:
aguas, aires y sol, todo sin tasa,
y la simplicidad, en el sincero
amor santo de Dios y de la casa.

Que la vida sencilla,
sin lucha, sin venganza y sin victoria,
es luz inmaculada, porque brilla,
lámpara del Señor, para su gloria.



XXII

Al árbol florecido
el gorrioncillo trae el copo leve
y hojas y pajas para el nido. El nido
sobre las ramas se fabrica en breve.

En los amaneceres, correteando,
vamos a ver, cómo segura avanza
la fábrica sutil, el lecho blando
en que dará sus flores la esperanza.

Y a la primera frase
de ese cual germen de la edad futura
que digo yo temblando, Juana vase,
de púrpura teñida su blancura.

Y, llegando a la puerta,
por mirarme otra vez, los ojos vuelve,
y mi rubor despierta
con la luz de sus ojos que me envuelve.

Fuimos a ver el nido. Lo buscamos
a hurtadillas, sin ruido,
después de unas semanas... y encontramos
la madre y dos polluelos en el nido.

Y otras veces, sin cuita ni recelos,
con la insistencia de las madres loca,
ella levó su pan a los polluelos
y también el almíbar de su boca.

Sentimos la dulzura
de eso que sospechado se adivina,
y ella en su pecho la íntima ternura,
que es la ternura material divina...

XXIII

A la caza del ciervo nos convida
la campesina gente.
Vamos. Martín nos guía, la subida
ganamos de la cúspide eminente.

Y acuden en tropel, perros, peones,
al sonoro clarín de la bocina;
y el ronco caracol lanza sus sonos
que van de una colina a otra colina.

Llegamos a un rincón de la montaña,
donde la cumbre hirsuta
esconde en lo profundo de su entraña
la cavidad helada de una gruta.

Nos quedamos allí. Martín preside
afuera la ruidosa cacería,
las paradas divide,
cunde doquier ingente gritería.

En el retiro y la quietud del monte,
como en la ansiada realidad de un sueño,
miramos cuan estrecho el horizonte,
que a nuestro amor el mundo hace pequeño.

Y gustando el encanto
de aquella soledad que todo encierra
para ella y para mí que amamos tanto,
nos parece que eso es toda la tierra.

El rumor crece y crece:
los cazadores son que de los cerros
bajan, y un ciervo disparado vese
al que hostigan los perros.

En el confuso estruendo
el ciervo corre, vuela: ¡está aquí! llega
a nuestra cueva, ensangrentado, huyendo;
y a nosotros se entrega.

Y se entrega a morir. Traidora bala
su sien ha atravesado;
su aliento tenue y fatigoso exhala,
de Juana en las rodillas reclinado.

La piedad y la pena
despiertan en el alma adolescente.
¿Por qué a esa bestiecilla hermosa y buena
la mata el hombre? ¿el Cielo lo consiente?...

Y sin que el turbio aliento voluptuoso
nuestro amor ensombrezca, nos rendimos
al reposo, qué plácido reposo,
sin decirnos después lo que sentimos

A un trueno triste y ronco
sucede el rayo, que su luz destella,
que cerca hiende un carcomido tronco,
y dibuja en las nubes la centella.

Nos despierta del sueño, nos avisa
que descendencia somos de proscritos;
y corremos a prisa,
y llenan el espacio nuestros gritos.

Pongo sobre mi espalda
la carga angelical de su hermosura;
desciendo a saltos la agrietada falda,
me lanzo al bosque, cruzo la llanura.

Y en medio al estallar del aguacero,
frente a la granja, vencedor asomo:
generoso corcel, el que altanero
trae a su reina en el robusto lomo.

Mis goces están llenos,
venci por la arrogancia: no cambiara
por ninguna otra esta ventura, y menos
por su sonrisa, el alma de su cara.

Ese prodigio de diamantes y oros,
con que me paga la hechicera mía:
tesoro de tesoros
que me guarda escondido todavía.

XXIV

Cerca de la cabaña,
suelo regir el hierro del arado,
Ella, la sembradora, me acompaña:
¡Dios bendiga el sembrado!

Yo trazo el surco; y ella atrás siguiendo
mi lento paso, el rubio grano arroja
y a hurtadillas, me mira sonriendo,
rojos los labios, la mejilla roja.

Y me estremezco y pienso:
—¡Si brotará en el surco la simiente?
y si mi amor inmenso
renacerá en las bodas floreciente?

Y como el grano dentro de la tierra
palpita y se hincha por nacer, se anima
mi amor que al fondo de mi ser se encierra,
y pugna y crece por surgir encima.

Y en la tarde, acabada la faena,
a la choza trabados de las manos
vamos para la cena,
cual buenos aldeanos.

Ella, como hacendosa campesina,
ágil dispone, en la florida grama,
la mesa: vaso de agua cristalina,
y, en ramillete de oro, la retama.

Y extendido el mantel en la bandeja,
humea la vianda apetitosa.
Ella se finge campesina vieja,
y en la ficción la encuentro más hermosa.

Realidad ya de una visión celeste,
¡oh encantadora mía!
en esta paz de la campiña agreste,
es ella mi encontrada poesía.

Sólo turba un austero pensamiento
estos instantes de quietud bendita,
y desde el fondo del futuro siento
que alguien, con llanto, a mis oídos grita:

—¿devolverá la tierra, en el verano,
la semilla?— Abrumada de tristeza
al tañido del ángelus lejano,
sobre el pecho se inclina la cabeza...

XXV

Ya para la deshoja,
junto a la parva, alegre y satisfecha,
la muchedumbre a la labor se arroja:
es la labor final de la cosecha.

Entre las secas haces derramadas
deshecha la envoltura,
asoman las mazorcas argentadas,
con sus perlas de nitida blancura.

Palpitan a un compás los corazones;
fruto dieron la siembra y la desyerba;
se hacinan los montones
sobre la blanda alfombra de la hierba.

En la paja sentados,
con embriaguez de aroma que enajena
de flor silvestre y grama de los prados,
nos mezclamos también a la faena.

Y emprendemos alegres la deshoja:
y es de ver a la niña idolatrada,
fresca la cara cual manzana roja,
en el afán de todos empeñada.

Y clama ¡oh inocentes alegrías!
—Si un negro grano en tus mazorcas se halla,
serás tú vencedor, y si en las mías,
venceré yo la singular batalla—

Y en la inquietud que crece
y el febril movimiento de sus manos,
de ébano el grano súbito aparece
de su mazorca entre los blancos granos.

Y hace estallar las notas de su risa;
y a mi derrota callo;
me ciñe el cuello, con su manto, a prisa:
que su vencido soy y soy vasallo.

—¿Qué me pides, qué quieres?—
—Que me obedezcas siempre— ¡Reina mía!
ella, orgullo de todas las mujeres,
se yergue con ingenua gallardía.

Y me dice, con señas y miradas,
¡me dice tantas cosas!
Nuestras almas después encadenadas
quedan como dos notas melodiosas:

notas del mismo espiritual poema
de un amor muy profundo,
que enciende y que no quema,
y hace de todo el mundo, nuestro mundo.

XXVI

Está el horno dispuesto
do arde en montón la brasa.
Vienen los panecillos donde ha puesto
sus manos ella, encanto de la casa.

Se adelanta risueña y como en broma.
Principia la faena.
Ya del pan cunde el succulento aroma,
que la alquería y sus contornos llena.

Ví en sus dedos de rosa
pasar la blanca masa prisionera.
De la vida en la prosa
aparece más bella y hechicera.

Llega ya junto al horno.
A sus puertas se muestra sonriente.
De su rostro la púrpura, al bochorno,
en ondas brota hirviente.

Los panecillos se hinchan con el fuego,
presto se tiñen de oro.
Ella los saca y el mejor es luego
su don y mi tesoro.

¡Belleza del trabajo y la fatiga!
¡Oh perfume del pan de nuestra hacienda!
ese pan que nos sacia y nunca hostiga
¿quién habrá que lo venda?

XXVII

Rubí que el sol colora,
su racimo jugoso y apretado
muestra la zarzamora,
extendida en las piedras del cercado.

El racimo nos tienta
con sus granillos rojos,
que Ella, cuando el ardor del sol aumenta,
pedir velos parece, con los ojos.

—¿Las dulces moras quieres?
Que nó?— Pero sospecho
que Ella al fin, como todas las mujeres,
el si guarda en el fondo de su pecho.

Y rápido y audaz subo a la barda,
ruedan las piedras a mi paso: ¿corta
el zarzal? Pero nada me acobarda,
¿que caigo en las espinas? No me importa.

—¡Basta! me grita con sabrosos mimos.
No escucho hasta que arranco
los purpúreos racimos,
que cuelgan en el borde del barranco.

Y el suave fruto, con mi sangre rojo,
la sangre de la herida
de la punzante zarza, luego arrojo
a la niña querida.

Y corriendo a su lado,
me siento a compartir el dulce fruto;
el fruto ensangrentado,
de esclavitud y de pasión tributo.

La roja zarzamora, de mi hermana
la púrpura duplica de la boca;
boca que con sus pétalos de grana,
desplegada en sonrisas me provoca.

—¡sabes que están saladas?
¿Las moras no son dulces?— Lo sabía!
En mi sangre empapadas,
para ti son más dulces ¡vida mía!—

—¡Es verdad!— Y temblando enternecida,
me toma de la diestra,
y restaña la sangre de mi herida,
y en el dolor más cándida se muestra.

Y llora cual si fuera
esa herida de amor que yo he buscado,
la mortal, la postrera,
del amigo, el esposo y el amado.

Y en esta fruición casi infinita
de un dolor, que es placer y que es hartura,
nuestro pecho a compás tiembla y se agita
en una como espiritual locura,

que trueca así dos vidas
en una sola vida intensa y fuerte,
por el amor unidas
en la tierra y el tiempo, hasta la muerte.

XXVIII

De la heredad mullido suelo engendra
la alta, arrogante, lujuriosa caña,
que rica miel acendra
y es fruto y bendición de la montaña.

La cosecha se anuncia. Ya rendido
al propio dulce peso, tal tallo de oro,
pide ser en los bronce comprido,
para entregar al dueño su tesoro.

La labor tumultuosa,
estremece los campos ¡la molienda!
Por ella en grata animación rebosa
y se agita la hacienda.

A casa llegan las doradas haces,
en hombros de la turba campesina,
y acuden como abejas los rapaces,
a la primera lumbré matutina.

Al levantarse el sol, crujen las mazas,
y fluye el chorro de oro en limpia vena;
luego en el horno las primeras brasas
se encienden para la improba faena...

¡Dulce licor del campo, que inclemente
en veneno ha trocado la codicia!
Aún dorado, límpido, inocente,
ella y yo lo bebemos con delicia.

Y con no interrumpidas emociones
multiplica feliz naturaleza
sus goces para nuestros corazones;
y un goce al acabar, el otro empieza.

El perfume del humo y el perfume
de la caña en el bronce comprimida,
la rama que en el fuego se consume:
¡cuan pequeñita, pero hermosa vida!

En diáfana fuente el néctar baja,
en torno esparce su caricia el fuego;
el suave néctar sus cristales cuaja,
y en panal rubio se transforma luego;

el panal que después cuelga en mi diestra,
que bato con vigor de arriba, abajo;
el que blando se muestra,
para ella que vigila mi trabajo.

Y pasa de mis manos a su boca
el manjar de los campos regalado;
con la miel en los campos me provoca,
para el don en mis sueños codiciado...

Naturaleza aún no me concede
aquel goce final: no los cristales
cuaja aún de esa miel, que a otra no cede
en dejos y sabores virginales.

Ella, con el revés de terciopelo
de su mano, el sudor limpia en mi frente:
entre los dos entonces cruza al vuelo
súbita, la magnética corriente,

que enardece mi sangre, que me empuja
hacia ella y que después para y espera,
como en la ruta del imán la aguja,
a la que algo detiene en la carrera.

XXIX

Las flores son la rima
de las estrofas del gentil poema
del primo y de la prima:
lenguaje eterno, espiritual emblema.

Con el áureo tesoro de su seno,
con la sangre y rubor de sus estrias,
y de su savia el néctar o el veneno,
nos hablan de cariños y falsías.

Dispersas o en un ramo,
con su color, sus gracias y su aroma,
repiten el "yo te amo",
del corazón en el divino idioma.

El blanco es la pureza,
el azul la ternura,
amarillo soberbia y gentileza,
rojo pasión que hasta morir perdura.

Dice orgullo el clavel, amor la rosa,
los lirios inocencia,
humildad la violeta ruborosa,
la campanilla azul dolor y ausencia.

De blando helecho sobre un haz cerrado,
los botones en flor de los rosales,
se abren a un dulce beso codiciado,
cual labios virginales.

Los tenues pensamientos
amarillos y negros y azulinos
dicen al corazón presentimientos
de unos tristes destinos.

Del ramillete se alza en la cimera
la alba azucena de dorado estambre,
reina de la divina primavera,
codicia del enjambre.

De sencillez nos habla la verbena
que alfombra los jardines.
Es la dicha la humilde hierbabuena,
dan embriaguez de ensueño los jazmines.

En esas bellas, múltiples estancias
de poemas en flores,
veo el encanto, aspiro las fragancias
de mis tiernos, mis únicos amores.

Y luego a la suprema
emoción que el espíritu sublima:
a lo más grato del sutil poema,
lo más intenso de la blanda rima.

De "no me olvides" en el fondo oscuro,
blanco como la ofrenda en los altares,
oculto el broche, perfumado y puro
de frescos azahares;

húmedos con mi llanto y el rocío,
nevados como de la noche el astro,
cuajados en las horas del estío
como urnas de alabastro.

El ramillete donde
la flor de mi ilusión tímida asoma,
y cual insecto pliégame y se esconde,
más se denuncia por el suave aroma...

El ramillete ya puse en su diestra;
y ella al sentir su embriagador perfume,
con desmayada palidez, demuestra
que una pasión profunda la consume.

Presto en su rostro blanco como cera
el estupor dibújase sombrío,
y al cabo rompe en la emoción sincera,
con el sollozo de su amor el mío.

Así con llanto nace
la flor enferma de mis bodas. Juana
huye llorando y a la granja vase,
y aparece después en la ventana.

Desde allí lanza al compasivo cielo
sus ojos que enamoran.
Talvez emprenden a lo azul el vuelo,
y compasión a nuestro amor imploran.

XXX

Será para la próxima cosecha,
dijo mi Madre, el día de tus bodas;
y en Julio, la final, ansiada fecha!
¡oh grato anuncio de mis dichas todas!

Sólo que está muy lejos ese día,
que aún no abre los áridos rastros
el primer surco. A la extensión sombría
fueron del porvenir turbios mis ojos.

Y algo como un gemido en los barbechos
oi, en las cañas huecas,
de la paja en los últimos deshechos,
entre los tamos y las hojas secas.

Del páramo los fríos
trajo silbando el viento.
Me pareció que el viento, en los vacíos
campos, lloraba con mortal lamento.

Mis ojos iban por doquier perplejos,
errando por oscuros horizontes;
miré cuan lejos mi ventura, lejos,
hundida, como el sol, tras de los montes.

Alegre entonces, como nunca, ella,
al verme triste —siempre las mujeres
más animosas son— tranquila y bella,
sonriendo me dijo: —¡No me quieres!—

—¿Que no te quiero?— En elocuencia loca
estalló mi pasión ardiente y casta;
y la explosión de frases de mi boca
ella atajó exclamando: —¡basta!... ¡basta!—

Mas yo no pude sacudir el yugo
de la muda tristeza,
aquella sombra de mi amor, verdugo
de la dicha que empieza.

—¿Por qué callas, te escondes y cavilas?—
me preguntó mi madre. No acertaba
por qué nublaba el llanto mis pupilas:
¡dicha imposible que al nacer acaba!

Era el presentimiento, nube vaga
que aparecía en el confin siniestro
del horizonte, la inquietud aciaga
de perder el amor que ya fue nuestro.

Bien el alma comprende
que no es suya la dicha, que se eleva
la pluma en vano y en lo azul asciende
y es juguete del aire que la lleva.

¡Ay por eso una tarde
en la hora del crepúsculo, sensible
ella, y cual yo, cobarde,
sentimos de la dicha lo imposible.

Y los dos prometidos,
las manos enlazadas,
los ojos en la altura distraídos,
húmedas las miradas;

sospechamos la ausencia y cataclismos,
esos que yo temblaba y no sabía.
Mas, después, cual flotando en los abismos,
la ilusión del amor nos devolvía.

Y olvidando, agotábamos a poco,
convulso el corazón, el labio enjuto,
temblorosa ella, yo febril y loco,
la ternura, el encanto del minuto

de intensidad sublime,
que el alma eleva, el corazón incendia,
y engrandece y redime
la vida y la compendia.

A la paz fue la suspirada vuelta
y después de las luchas el descanso.
El agua, enantes al turbión revuelta,
se adormía en la calma del remanso.

XXXI

Pero angustiaba a nuestro amor naciente
la tristeza de Antón. Palidecía,
con inquietud creciente,
rendido a su genial melancolía.

Ella dijome un día:— Me da miedo
la tristeza de Antón ¿Ves cómo pasa,
puesto en los labios tembloroso el dedo,
y se oculta en el fondo de la casa?

—Enfermo está— la repliqué —y arrecia
su mal, la soledad tan sólo gusta.
Sospecha que alguien su esquivéz desprecia:
quizás al pobre nuestro amor asusta...—

No comprendi que la pasión rastrera
en silencio se aliaba a la perfidia.
Mi lealtad no supo que existiera
aquella sombra del amor, la envidia.

XXXII

Sospechas esquivando
y el temor siempre de ignorados males,
huíamos al libro, en pos del blando
reposo de las almas inmortales.

Dos almas acosadas
por misterio fatal, en la serena
mansión del libro, hallaban sus moradas
para matar la pena.

Y huyendo disimulos y terrores,
el viaje emprendíamos dichoso
al país de las aguas y las flores,
donde hallábamos luz, sombra y reposo.

Mi corazón henchido con aroma
y cantos y memorias del colegio,
trajo al rústico nido de palomas
de las rimas de amor el florilegio.

Y así, de nuevo, hacia la Arcadia andina,
volvieron los pastores de la anciana
Grecia y su dulce flauta campesina,
más armoniosa, cuanto más lejana.

Mostré a la hermosa mía las sencillas
y rústicas escenas:
los zagales que miran a hurtadillas
chapoteando entre espuma en las arenas.

Y detrás del bosque
los ojos del pastor que amante acecha,
y sopla luego el caracol salvaje
y lanza al pecho la certera flecha.

Las imágenes áureas del ensueño
de otros tiempos la musa
resucita. El pincel nuevo diseño
traza a la luz de la extensión difusa:

los viejos semidioses,
héroes y reyes e ínclitos guerreros,
repitiendo los números y voces
del amor, en sus redes prisioneros;

y la dorada tropa
de las deidades del Olimpo griego,
apurando la copa
del pequeñuelo dios voluble y ciego...

¡Oh cuan encantadoras,
llenas de incomparable poesía,
aquellas largas, no sentidas horas,
en que Juana escuchaba y yo leía!

Y después de leer de tanta historia
las leyendas y mitos, de la amada
dejaba yo al rincón de la memoria,
la rima más gentil y apasionada.

En los campos nativos
reverdecer veíamos, lozana
la estirpe de los dioses, ya no esquivos
a la pomposa selva americana.

¡Qué fabulas y gestas y leyendas
de todas las edades!,
gigantes guerras, épicas contiendas:
todo por el amor y sus deidades.

Y así el amor en la íntima lectura
del libro al corazón pasando crece.
El arte, de la novia en la hermosura,
con insólita lumbré resplandece.

Ora es la casta, sin igual doncella
que al tirano venció, gentil Fabiola;
ora es Hipatia bella,
la que al suplicio va, callada y sola.

Llevamos a las "Ruinas de Pompeya"
la absorta vista, luego a los jardines
de la griega Provenza y de Mireya
deshojamos los rústicos jazmines.

Y entre armas y guerreros,
seguimos a Casandra y en las flores
de la pasión, miramos los aceros
que cruzan sus siniestros resplandores.

La divina Heloisa
duerme junto a la tumba de Abelardo.
De Armida en el pensil fragante brisa
de amor embriaga al capitán gallardo.

Y lloramos con lágrimas de fuego
de Atala espiritual la última escena,
y más si Pablo ve, de angustia ciego,
de Virginia el cadáver en la arena.

¡La morena Graziela!
Qué noche de su triste despedida
que cual puñal nuestras entrañas hiela:
la herida de Graziela es nuestra herida!

Y al fin nos lleva el genio
al Edén, del dolor patria primera,
y temible proscenio
de la única leyenda verdadera.

Ay! que siempre el amor va hacia la pena,
que sangre mana el corazón sensible,
que un dios nuestras caricias encadena,
y la dicha de amar es imposible!

Asi temblando, siento
y ella también, que al mio
se junta su siniestro pensamiento,
en uno como horror de escalofrio.

Luego, inclinada sobre si su frente,
con estupor y sin conciencia alguna,
el rayo nos sorprende que al oriente,
oblicuo lanza la primera luna.

Y a su lumbre, otra vez, vuelve el sencillo
afán de la pasión casta y divina.
Suena en el pecho el blando caramillo,
nos embriaga la brisa campesina.

Y volvemos a amar en la serena
quietud como del nido, luego olvida
nuestra alma la amargura que envenena
y se inebria en la copa de la vida.

Que después de la lid, naturaleza
la paz devuelve y la pasión encumbra.
Desde la luna, la inmortal belleza
nos saluda en la luz y nos alumbra.

XXXIII

Una vez al llamarla, sin oírme,
huyó como si huyera mi presencia;
fue un ensayo de lid, por resentirme,
y volver a la paz de la inocencia.

El equilibrio del amor perdido
por inquietud, angustias y recelos,
y casi enoquecido,
surgir miré el fantasma de los celos.

—Que talvez no me quiera,
como la quiero yo... ¡Dudas extrañas!
¡Si alguien en medio está! ¡Si yo pudiera
en el fondo leer de sus entrañas!

—¿Si Antón será?— Veíale apartarse
siempre de mí... Quizás la niña le ama.
La vi una vez junto a él ruborizarse...
¿Amor o timidez era esa llama?

Y la víbora en mi alma silbó artera,
me erguí fingiendo calma y osadía.
Ella palideció como la cera,
y rompió a sollozar... ¡Amada mía!

Sólo un breve momento
fue aquel, en que sin rumbo mi impaciencia
cual desatado viento,
ajó la nitidez de su inocencia.

Y la cubrió de lágrimas ¡Dios mío!
en esa triste memorable noche!
arrancó de sus labios mi desvío,
a su alma de paloma esté reproche:

—No soy de aquí. Mendiga
de amor, no tengo a vuestro amor derecho.—
Como el que lanza un tósigo que abriga
dijo, y lloro mi duda y su despecho.

Y torné a la razón. Me parecía
que hube una culpa horrenda cometido.
Y la abracé para volverla mía,
y recobrar su corazón perdido...

—¡Perdona de mis celos la locura!
no tengas nunca estas horribles pruebas.
¡Esta agua de amargura
que tú jamás la bebas!...

Que eres tú la señora
de esta casa y de mi alma, que daría
por tu perdón que mi pasión implora
las horas todas de la vida mía.—

Con la mano de rosa,
sus lágrimas secó ¡me amaba tanto!
Extendióme la mano temblorosa,
y la paz se firmó con nuestro llanto.

XXXIV

Cual nos placía en valles y pendientes
a caballo vagar, de las venturas
de nuestro amor haciendo confidentes
a aguas y rocas, flores y espesuras.

Juntos, inseparables, galopando,
perdido el derrotero,
al galopar, nos íbamos mirando,
sin reparar la línea del sendero.

El sol quebraba el vespertino rayo,
entre las arboledas florecidas,
en una tarde del tranquilo Mayo,
de aquellas tardes para mí queridas;

cuando al toque del ángelus, divino
grito de las alturas, la carrera
paramos a la orilla del camino,
y fue al Señor nuestra oración sincera.

En el cuerpo sentimos y en el alma
el ala tenue, la emoción del vuelo;
y en la carrera, la dulzura y calma
del que sació su anhelo.

Esa tarde, al volver hacia la granja,
cuando del bosque la nocturna sombra,
como una oscura franja,
se alzaba encima de la verde alfombra;

en silencio seguíamos; miraba
ella la luz postrera del ocaso,
y yo la contemplaba y la adoraba,
a su lado avanzando, paso a paso;

y los caballos, la cerviz rendida
se juntaban también, que a los reclamos
de nuestro amor, mezclábase su vida
a la amorosa vida de sus amos.

Y después, cuando encima
del cielo aparecieron las estrellas,
en ese instante en que el mortal se anima
con el misterio de las cosas bellas;

sobre el erguido tajo
alguien apareció con ligereza
una piedra lanzando monte abajo,
silbó la piedra sobre mi cabeza.

La sangre heló en mis venas el espanto,
los caballos el rumbo ya perdido,
lanzáronse al acaso cuando el canto
cayó a sus pies en cisco convertido.

¿Que fué? Tal vez naturaleza no era
el aliado feliz de nuestra suerte?
¿Tal vez la humana fiera
nos puso la esechanza de la muerte?...

Trémulos, silenciosos, a la entrada
de la casa llegamos, sin aliento,
lívida de emoción la bien amada,
y yo perdido en sombra el pensamiento.

Cuando abrimos la puerta
de la estancia, la vi de nuevo ¡Cómo
temblé al mirar su palidez de muerta:
y caí luego, cual herido, a plomo!

Vi en su semblante hermoso
las lágrimas. Del fondo de mi pecho
subió al punto el sollozo,
y la hablé, conteniendo mi despecho:

—¡Mi amor no llores! mi pasión te implora.
Aunque el odio nos siga,
¿no está para ampararte el que te adora
contra el furor que nuestro bien persiga?

—¡Ay en la soledad de mi camino,
me sigue aciaga sombra.
Detrás de mí, adivino
alguno que me busca, que me nombra.

Y no eres tú... Me abruma
el terror de lo incierto...
Cubrió mi frente tenebrosa bruma,
y al escucharla así, quedéme yerto.

¿Era la envidia acaso
de nuestro amor sedienta,
y que a nuestra ventura paso a paso
asechaba, callada y macilenta?

¿Y el cielo iba a quitarme
esta mitad, que es todo de mi vida?
Perdí el valor. Temblaba aun rebelarme
contra aquella desgracia presentida.

Y ella también... Temblando no pudimos
luz encontrar en las pesadas nieblas,
y la fatalidad que presentimos
nos cubrió con su manto de tinieblas...

TERCERA PARTE

XXXV

Después un tiempo desastroso vino.
Y clamaban las gentes: —¡La sequía!—
De la tierra natal triste destino,
desfallecer al luminar del día.

Sucedían los soles a los soles
y las nubes volaban con el viento,
teñidas de encendidos arboles,
en la llanura azul del firmamento.

Dentro la árida tierra, la simiente,
cuantos meses, dormía, en infecundo
sueño, en vano esperando la corriente
del agua, sangre y plenitud del mundo.

—Mañana, al fin, las lluvias fecundantes
vendrán— fingía en sueños la esperanza.
Y el sol lanzaba su fulgor como antes:
era de un dios terrible la venganza.

De repente, cual tregua a las tenaces
ansias, nos daba lluvia cristalina
y súbita las lágrimas fugaces
de la tardía compasión divina.

Era el martirio horrendo de la tierra
ante sus nuevas esperanzas vanas.
De esa lluvia quedaba el son que aterra
del croar de las ranas,

y el pertinaz aullido
de los perros escuálidos que, enjuta
la lengua, aventurábanse, perdido
el instinto, sin dueños y sin ruta.

Del bullidor torrente,
sangre escondida entre las secas venas
de un cuerpo sin calor, desfalleciente,
sólo el sudor quedaba en las arenas.

El río perezoso
sus no sentidas linfas en las gramas
ocultaba del légamo fangoso,
bajo del esqueleto de las ramas.

Cuando el fresco rocío de la noche
llegaba cual caricia de la altura,
nevado aire sutil, del tenue broche
rasgaba la envoltura.

Y el único sembrío
que alimentaba el agua aprisionada,
rotas las fibras con un sol de estio,
era despojo inútil de la helada.

Cubiertos de diamantes tembladores
amanecían vegas, pajonales,
bosque y senda: del sol a los fulgores,
el hielo deshacía sus cristales.

Y quedaban después secos, quemados
el retoño y la flor, capullo y yema,
los árboles, los prados;
con el color de la aridez extrema.

¡Y amarillez de muerte! Amarillo era
todo: el campo, las zarzas, el plantío,
amarilla la yerta sementera,
turbias las aguas últimas del río...

En leños y jarales
la brisa daba sepulcral lamento;
como nervios los secos retamales
crujían, al calor y al sol y al viento.

¡Ay cómo en el rincón de la cañada
en soledad la flor languidecía,
soñando desmayada
en una gota del licor del día!

Mostró el hambre implacable
la faz lívida y hosca: fue el verdugo
de la tierra y del hombre miserable,
al fin rendidos al horrendo yugo.

No bullían los nidos
cual otro tiempo en la caliente paja:
al ardor de los soles encendidos,
trocóse de las aves en mortaja.

Y de hambre se morían
el botón sin rocío, la simiente;
casi exangües, los árboles sentían
no savia, llama en la corteza ardiente.

¡Ay la ovejilla, sin piedad del cielo,
en árido rincón de las montañas,
no acertaba en su duelo
el fruto dar a luz de sus entrañas.

En una soledad, la del olvido,
sobre la brizna de los campos yerta,
dando el postrer balido,
desfallecía, y se inclinaba muerta.



Rebelde a los designios de la Altura,
mugía el toro en el escueto llano;
escarbaba buscando en la hendidura,
el delicioso manantial en vano.

Y se escuchaba el grito horrible y lento
de la vacada errante en el baldío,
la que el polvo encontraba por sustento,
y lo pedía con furor sombrío.

Y no hervía de insectos el enjambre,
como antes, en la atmósfera serena.
Su propia cera y miel, con sed, con hambre,
sin flores, devoraba la colmena.

Sin un grano en las eras,
sin un grano en los áridos barbechos,
las pobres golondrinas viajeras
se ocultaban calladas en los techos.

Ya no el alegre bando
de mirlos y gorriones y jilgueros
saludaba cantando
los albores primeros.

El gallo, ese clarín de la mañana,
no lanzaba su canto de alegría.
En la torre la trémula campana
tocaba sólo a muerto y agonía.

A las chozas desiertas,
de ennegrecidas, descompuestas pajas,
con techos derruidos y sin puertas,
donde el viento silbaba por las rajas,

la doméstica bestia, con reclamos,
vanamente acudía
por los ausentes o perdidos amos,
y, al no encontrarlos, a vagar volvía.

Desde el seco arbolado
los pájaros caían, como la hoja
de que en agosto helado
la rama moribunda se despoja.

Y de la tierra la sombría escena
contraste era al fulgor indiferente
de la infinita inmensidad serena,
siempre azul y luciente.

Pues el cielo en perenne primavera
de estrellas como flores,
un jardín de luz era
con nubes y arboles de colores...

El matador aliento del verano
¡cual transformó la hacienda!
Al manantial en vano
nuestro padre trazó segura senda;

que el manantial apenas,
como de un vaso el último trasiego,
daba la escasa linfa de sus venas,
y se perdía en los guijarros luego.

La airosa enredadera que subía
con corolas y nidos al tejado,
haz de ramas, sin savia, se extendía,
do se engarzaba el nido abandonado.

Y ese haz de cuerdas seco,
con el viento oscilando,
de la ventana en el rasgado hueco,
se estremecía al parecer llorando.

Ante la pampa mustia,
bajo la hostil esplendidez de lo alto,
abandono sentíamos y angustia
sin medida, en continuo sobresalto.

Era como la muerte de la tierra,
el enojo de Dios no reprimido,
que en nuestro propio suelo nos destierra
y nos hunde en la afrenta del olvido.

En esos largos meses,
al contemplar los campos desolados,
sin hojas y sin hierbas y sin mieses,
orábamos callados.

Y al mirarnos, después, con el espanto
de un invencible duelo,
nuestro idioma era el llanto:
la única lluvia que nos daba el cielo!

XXXVI

El sol que ardía en ascuas sobre el llano
e incendiaba la tierra y las arenas,
incubaba el miasma en el pantano,
y quemaba la sangre en nuestras venas.

Una tarde muy triste, cuando juntos
repasamos la cuesta del otero,
al resonar el toque de difuntos,
Juana exclamó con ansiedad: —¡me muero!—

Y vacilante el paso,
apoyada en silencio sobre mi hombro,
llegó ella a casa, el cuerpo mustio y laso,
y yo perplejo, en confusión y asombro.

Y unos círculos rojos
sobre la palidez de las mejillas,
en redor se extendieron de sus ojos,
de amortecidas lumbres amarillas.

Era la fiebre, aquella hija del cieno,
que infiltrada en la fuente de la vida,
vierte el mortal veneno,
en las cálidas aguas escondida.

¡Qué largas esas horas
de su horrible dolencia, sollozando
mi madre y yo, junto a ella, las auroras
veíamos lucir, siempre velando!

Senti el vértigo al borde del vacío,
el furor de la pena, la suprema
angustia de perder lo que era mío:
ardiente hierro que las sienas quema.

Al contemplar que palidez de cera
se extendía en su frente,
como una herida, atormentada fiera,
trémulo, vacilante y ya demente,

corrí al huerto a llorar, y lloré a gritos,
interrogué con mi blasfemia al cielo:
—¿por qué, en ciega elección, siervos malditos
éramos escogidos para el duelo?—

Gemía un hilo de agua entre las guijas
con tenue son, doblando sus rumores
entre las hojas secas, esas hijas
muertas de la estación de los amores.

En el amanecer, ya los luceros
se hundían del vacío en la blancura,
y el oriente extendía los primeros
albores del espacio en la llanura.

Pedí, clamé, rugiendo mi sollozo
con ira, con furor, con rebeldía,
hasta que vino al universo el gozo
con el fulgor del día.

—Pide y recibirás— ¡Verdad sublime!
Yo pedí, recibí. Cuando a la amada
volví, la fe que en el dolor redime,
me la mostró por fin resucitada...!

Pues la crisis horrenda
no quebró de su vida el vaso fuerte,
y mi oración se abrió segura senda,
y arrebatóla al brazo de la muerte.

—¡Hernán!— el primer grito
fue de la casi muerta. Estremecida
la voz; —¡Juana!— clamé... ¡Cielo bendito
que su amor me ha devuelto con su vida!

Su amor ya renovado
en trance de amargura,
vivo, sublime, eterno, transformado
por el dolor, la fiebre y la locura.

¡Ay prometida mía!
con nueva vida, la estreché a mi seno.
—Aléjate! me dijo; pues temía
por mí, aquel ángel bueno.

—Nó! que la fiebre tuya
se ingiera en la corriente de mis venas
y así, me restituya
todo tu amor, después de tantas penas!—

A estas nuevas ternuras delirantes,
me contestó su llanto ¡Cuan hermosa
con las lágrimas, lluvia de diamantes,
de su rostro en los pétalos de rosa!

Alzó después a Dios, en silencioso
arrobo, su mirada, cual solía;
la que después, en vuelo cariñoso,
hacia mí se volvía.

Y con nuevos sonrojos
y no estudiadas, cándidas malicias,
con los parleros ojos,
hacíame caricias...

XXXVII

La catástrofe, en tanto,
crecía más y más; la campesina
gente vagaba, presa del espanto,
huyendo de la cólera divina.

La emigración, la pálida y tremenda
emigración sus hordas
Lanzaba a incierta senda,
al santo amor de la querencia sorda.

Del hambre y de la peste
bajo el tétrico imperio,
eran la aldea y la llanura agreste
un solo cementerio.

Los espectros del hambre en los caminos
rendidos, macilentos discurrían.
Con rumbo a la ciudad los peregrinos
a pedir iban lo que no tenían.

El indio, esclavo secular, callado
se entregaba a morir. Al tronco seco
del maguey demandaba el codiciado
licor, en balde: en el marchito hueco

no hallaba ya la dulce savia que era
néctar de su hambre... En la quietud inerte
de la fatalidad su compañera,
la piedad esperaba de la muerte.

Y era fuerza morir como las flores,
árboles, hierbas, manantiales, ríos,
rebaños y pastores,
huertos, jardín cercados y plantíos.

Y al hambre de los niños que partían
con su llorar las insensibles rocas,
las madres escondíanse y plañían,
extraviados los ojos, como locas.

Otro monstruo, el incendio, las melenas
de llama por el páramo infinito
extendía y del monte en las almenas,
do estallaban los cantos de granito.

Y los bosques ardían. La serpiente
de luz de los inmensos pajonales
avanzaba, a la rápida corriente
de fieros vendavales.

Y la parda ceniza,
caldeada por el fuego de la hoguera,
se esparcía en la atmósfera rojiza
de la inflamada esfera.

A otra chispa que súbita llegaba,
se incendiaban los últimos despojos,
y al fin, cual horno, el suelo se quemaba,
en él quedando los terrenos rojos.

Fuego y humo en contorno
y el aire ardiente, abrumador, espeso,
se respiraba apenas al bochorno,
como de un mundo al invencible peso.

Y en atmósfera turbia y polvorienta,
mostraba un sol de grana el abultado
disco, y la luna cárdena y sangrienta
sobre un fondo violado.

¡Qué terror en las almas y en las cosas!
¡qué soledad en la amplitud desierta!
Parecían pesar ingentes losas
sobre la gran naturaleza muerta.

Del panteón la tierra removida
se abría a cada instante,
para dar al tormento de la vida,
mullido, el seno amante.

De la aldea en la trémula campana
eran como sollozos los tañidos,
a tiempo que la multitud cristiana
pedía al cielo pan con alaridos.

Después la procesión triste y devota
la multitud seguía;
y —¡piedad!— y ¡—perdón!— en grave nota
el eco entre las quebras repetía.

Por fin, pasado aquel clamor de ruego
y ese estruendo de llantos y oraciones,
el dolor, ya a la fe rebelde y ciego,
se hundía del silencio en las mansiones...

Al avanzar el carro de la noche,
de un cometa la blanca cabellera
se desplegaba desde el áureo broche
del núcleo de centellas, por la esfera.

La campesina gente con espanto
lanzaba en el terror exclamaciones:
—¡Jesús, Jesús!— Y prorrumpía en llanto,
brotado de los yertos corazones

Los rancos caracoles y bocinas
gemían al ladrido de los perros.
Era un solo clamor en las colinas,
los hondos valles, los distantes cerros.

Dios ha puesto en la altura
la terrible señal, un sol maldito,
que ha venido con trágica hermosura
¡a castigar talvez nuestro delito!

Y —¡piedad!— y —¡piedad!— la oración iba
con insistencia de infinita pena
al Poder que miraba desde arriba,
indiferente la terrible escena.

En torno al gran cometa peregrino,
brillaban como nunca las estrellas.
Diluvio de meteoros repentino
deshacía en fúlgidas centellas.

Con su belleza espléndida y adusta
estaba el cielo azul, azul profundo.
La majestad de lo infinito augusta
olvidaba la afrenta de este mundo...

Y el pobre insecto humano,
ante la plenitud de esa grandeza,
ante el inmenso, impenetrable arcano,
inclinaba hasta el polvo la cabeza...

XXXVIII

Oh, qué nuevas sorpresas
las de esos largos meses! Fue el derroche
de tus fuerzas atroces y represas,
naturaleza, una terrible noche

en que tu vientre de granito ardiente
estremeci6se en convulsión gigante;
y al impulso de cólera rugiente,
se inclinó como un ebri6 tambaleante.

Lento, temible, prolongado trueno
conmovió de la tierra las entrañas,
y desde el fondo del convulso seno
a la cumbre ascendió de las montañas.

Y sacudido el suelo,
cabeceó la cumbre soberana,
y polvo de las crestas cubrió el cielo
y oscurecióse la extensión lejana.

Casi sin luz los ojos,
nos lanzamos al patio con espanto
todos, todos; y juntos y de hinojos,
aguardanos el fin: —¡Perdón, Dios santo!—

Y clamaban cien voces:
—¡piedad, piedad, Dios Fuerte, Dios tremendo!—
y los brutos, veloces,
lejos corrian sin concierto huyendo.

Los caballos en súbita carrera
fiaban al instinto que les guía
su salvación, afuera
volaban con ind6mita osadía.

Y bosques y montañas y laderas
lanzaban al poblado
domeñadas las aves y las fieras,
que buscaban temblando nuestro lado.

La casa como una hoja vacilaba
sobre el cimient6 de la heridida roca,
y a un lado y otro, frágil, se inclinaba,
en los vaivenes de una danza loca.

El hombre, ese gusano
se arrastró con terror y sin sentido;
lo aplastó lo infinito y sobrehumano;
y fatigó las cumbres su alarido.

Temiendo aún en esa noche larga,
ver las postrimerias
del universo, del horror que embarga,
sentimos las mortales agonias;

el juicio del Señor y la venida
de aquel apocalipsis de los mundos,
y la tierra en las sombras sumergida
y del caos los vórtices profundos.

Como después de la epilepsia queda
el cuerpo tembloroso y vacilante,
oscilaba la tierra, cual la rueda
que, al parar, pugna por seguir delante.

Ayl noche de gemidos,
de inquietud y ansiedad como ninguna!
Los perros saludaron con aullidos
a la menguante luna;

que sobre un firmamento polvoroso,
se alzó otra vez sombría,
y resonaba el grito pavoroso
de —¡piedad y perdón, santa Maria!—

Juana ocultó temblando
la frente entre los brazos, muda, inquieta,
y exclamó: —Mira— cuando
apareció fantástico el cometa,

que el inmenso plumaje de su lumbre
fue, desde el linde diáfano, extendiendo
del cielo hasta la cumbre;
¡del enojo de Dios mensaje horrendo!

Sopló un helado viento, y sentí frío
que antes sentido no hube.
En vano ella buscó en el seno mío
el calor que no tuve.

Noche imperecedera en mi memoria,
como noche final. Nieblas extrañas
de sospechada historia
helaban mis entrañas...

¿Por qué nací? ¿para qué amé? Desnuda
el alma ante el terror de su destino,
rodó por la pendiente de la duda,
sin encontrar salida hacia el camino.

Nacidos de la nada,
¿qué mucho que el dolor al fin nos hunda
en el caos? El alma desolada
así pensó vagando en la profunda

soledad de la suerte, que ya no halla
luz que le guíe en la medrosa ruta;
y, a la fatalidad vencida, calla,
en una invalidez casi absoluta.

Pero la blanca estrella matutina
del pensil de los cielos azucena,
surgió por la azulada y cristalina
inmensidad serena...

Desperté de ese cual terrible sueño...
Con la sonrisa y el fulgor del día,
de la encontrada dicha otra vez dueño,
te estreché contra el pecho ¡vida mía!

XXXIX

Ya las lluvias vendrán,— y no venía
la caridad del Cielo. Una mañana
mi madre, ante la troje ya vacía,
nos anunció la adversidad cercana.

En la troje vacía, do plañían
los vientos tristes en las secas pajas,
los pobres pajarillos recogían
las últimas migajas.

El espectro del hambre
asomar vimos ya con pasos lentos,
vimos llegar el horroroso enjambre
de males y tormentos.

—Iré a buscar la vida, iré a la muerte.
Por vosotros la ausencia y sus rigores
desafiaré, soy joven y soy fuerte,
iré a tierras mejores.—

Calló mi madre, trémula y severa.
Miré pálido a Antón —Iré contigo—
dijo. Repuse yo: ¡Quédate, espera—
eres enfermo tú, no irás conmigo—.

Juana, sintiendo de su angustia lo hondo,
lo infinito, cubriendo con el manto
la cara, huyó del aposento al fondo,
como herida de espanto.

Y yo quedé sereno,
libre cual de una inmensa pesadumbre,
y me sentí feliz, me sentí bueno
y tuve del valor la certidumbre.

El ave dentro el nido prisionera,
ensayaba las alas para el vuelo.
Traería, en el pico, viajera,
al nido frutos de lejano suelo.

Para la dicha de salvar a aquellas
prendas del corazón idolatradas,
y trunfar del cielo y las estrellas
contra nuestra ventura rebeladas.

XL

De codos, una noche, a la ventana,
yo de emoción temblando, ella llorosa,
ante la ausencia nuestra ya cercana,
yo silencioso y ella silenciosa,

seguíamos el paso de la luna
que avanzaba en la bóveda infinita;
la que alumbró mi cuna,
la que alumbró nuestra primera cita.

Dos silencios hablaban: de su aliento
brotaba la honda entrecortada y leve,
y entre los secos árboles el viento
daba su nota desmayada y breve.

Al fin, tras los suspiros, de improviso,
agolpóse el sollozo a su garganta,
entre los labios detenerlo quiso,
y huir de mí, mas vaciló su planta.

Y se ocultó como un infante sobre
mi corazón. En lágrimas deshecho,
de sus ojos debí el agua salobre,
y me saltaba el corazón del pecho.

¿Hablar?... Ni una palabra en los veloces
instantes de ansiedad, turbó el idioma
de no aprendidas voces,
y de arrullos sin voz de la paloma...

Fue esa una tregua de íntima delicia
en la pena constante;
después de tanta angustia, la codicia,
la dicha de un instante.

Para aguardar, en medio la asechanza
del mal y del terror y la falsía,
el edén que promete la esperanza
al corazón que en el amor confía...

XLI

La vispera fatal de la partida,
ya rendido el amor al albedrío,
me dije:— ¡no lo sepan, y de huída,
saldré, como ladrón!... ¡corazón mío!—

Quedarán como muertas
mi madre y Juana, el lúgubre momento,
en que verán abiertas
las ventanas al fin de mi aposento.

Y oigan allí de mirlos y jilgueros
del jardín la tenaz algarabía;
de ellos, los herederos
de una dicha ¡que no es la dicha mía!

Aunque abierta y tenaz sangre la llaga,
me lanzaré al azar, como valiente,
sin temer la hora aciaga,
y huiré de los míos de repente.

Adiós! pues así quise:
del bien gozando la quietud suprema,
mancebo varonil, lo dije y lo hice,
venci al amor y resolví el problema.

El gran problema de la vida humana
que en renunciar al corazón consiste.
Mas el alma que vence soberana,
¡es soberana... pero siempre triste!

XLII

Vispera de dolor! la noche aquesa,
mirando ya lo inevitable y cierto
de mi pena, de codos en la mesa,
me incliné, sin sentido, sin concierto.

Antón dormía. ¡Cuan feliz! quedaba
en la pobreza sí, mas en el seno
del hogar, donde Dios para él guardaba
tiempo abundoso y apacible y bueno.

Mas yo ¿a qué tierra ignota
iría, desgraciado peregrino?...
El llanto gota a gota
a mis labios abríase camino.

Y tragaba las lágrimas. Ahogado
por las saladas aguas de mi pena,
salté al balcón, convulso, atormentado,
por contemplar la inmensidad serena.

A un lado de mi cuarto, la ventana
de la futura esposa,
de la adorada hermana,
aparecía oscura y misteriosa.

Brilló una luz! y Juana estará en vela
pensando en mi partida...!
Con el terror que las entrañas hiela,
largamente lloré mi despedida.

Desde occidente, pálida la luna,
por la postrera vez lució al proscrito.
Las estrellas se hundieron una a una
del éter en el piélago infinito.

Luego lumbre sutil en la vacía
extensión, de una línea transparente
en la linde: la aurora aparecía
como un jardín de luz en el oriente.

Temblé... ¿Si esta será la vez postrera
que en la heredad nativa,
veré la luz del cielo mensajera,
que caridad y paz trae de arriba?

Bajé a tientes la escala,
pálido, tembloroso, pero altivo.
¡Que no lo sienta nadie! Por la sala
crucé en silencio, vacilante, esquivo.

Antón quedó dormido. ¡Feliz sea
el hermano de mi alma! ¡Adiós amada
y madre, adiós! El gallo en la azotea
entonó la canción de la alborada.

Corrí al patio, lancéme con presteza
sobre el caballo; en marcha sigilosa,
sin volver la cabeza,
me perdí por la senda pedregosa.

Temblé mirar atrás. De la distancia
llegó un eco, talvez el de un gemido,
De nuevo, adiós! idolatrada estancia,
albergue del amor, la cuna, el nido!

Y coroné la cuesta. En la lejana
vega quedaba la heredad, mirando
con la abierta ventana,
la de ella que estará por mí llorando.

El fresno de oro sus lustrosas ramas
extendía en el huerto, alzaba en alto
su plumón en las tapias, las retamas
coronaban el muro de basalto.

Saludé la extensión lúcida, inmensa:
otras tierras veladas por la nube
y otro horizonte, en ansiedad intensa,
a mirarlos temblando me detuve;

y al fin lanzar la postrimer mirada
a la casa paterna.
Seguí la marcha y luego ¡nada! ¡nada!
¡se hundió la casa, en despedida eterna...!

Un cuadro nuevo se entreabrió a mi vista,
de otra lumbre a los nitidos reflejos:
la cordillera su gigante arista
elevaba en las nieblas, a lo lejos.

Y las pintadas nubes ondulantes
encima de un oceano de verdura,
al norte las montañas cual gigantes,
con su eterna blancura.

¡Belleza suma que abarcar no puede
este mirar humano,
anonadado a lo invisible cede
y vuelve al polvo, el misero gusano!

Cuan inmenso el camino,
de la montaña al mar ¡Dios poderoso!
y más largo al que marcha sin destino,
sin esperanza de encontrar reposo.

¿A dónde iré sin rumbo,
cual torrente que en fiero paroxismo
rueda de tumbo en tumbo,
hasta morir, al fondo del abismo?

XLIII

Avancé, desmayado y cavilando
en tanto bien perdido,
paso entre paso, mustio, caminando,
sólo escuchaba el sordo resoplido

y el crujir de los cascos
de mi caballo, que iba hacia adelante,
en las guijas, las quiebras, los peñascos,
sudoroso, arrogante.

Cansado, en el rincón de una posada,
tendime yerto, por almohada un leño;
y mi pena, por grande y despiadada,
me concedió la bendición del sueño.

Y antes que el alba dibujase encima
del monte sus contornos azulados,
torné rápido a andar, gané otra cima,
en tierras y países ignorados.

¡Recuerdo aquel instante!
Desde el claro miré de una arboleda,
un jirón de mis montes, muy distante,
envuelto de la niebla en la humareda:

la sombra cuyas altas aspilleras
coronaban el páramo azulado:
al fondo, al pie de aquellas cordilleras,
¡estaba mi rincón abandonado!

Sobre mí un cielo espléndido y profundo,
y lejos la magnífica llanura
del mar ¡qué grande, qué soberbio el mundo
bajo el oceano inmenso de la altura!

Toda la soledad, todo el vacío,
me abrumó luego, y un marasmo inerte,
cuando pensaba en ti, dulce amor mío,
y en la ausencia, esa hermana de la muerte.

Hoja arrancada del vergel nativo,
a la merced del viento que la arroja,
no sabe a dónde va... ¿Para qué vivo,
del tronco germinal desprendida hoja?

Mas al lucir el sol sobre la cumbre,
¡Dios de mi madre, mi alma solitaria
sacudió del dolor la pesadumbre,
y a tu seno voló con la plegaria!

La quietud al instante a mi alma vino,
mi llanto se secó del sol al lampo,
mi oración con el trino
alternó de los pájaros del campo.

Y de pie sobre el monte,
libre me vi de nuevo y soberano,
al contemplar cerrado el horizonte
en los gigantes brazos del oceano.

XLIV

A dónde iré para buscar la vida,
por sal y pan en improba faena,
así como de huida,
a mendigarlos en la casa ajena?

De camino hacia el mar, crucé la alfombra
de helecho y musgo, sobre
senda húmeda, de palmas a la sombra:
¡tierra feliz, no cual la mía pobre!

Admiraba la ardiente exuberancia
de aquel suelo que vi por vez primera,
embriagado en corrientes de fragancia
de eterna primavera:

la tupida, la cálida espesura,
el árbol que extendía su gigante
parasol, la soberbia arquitectura
del bosque circundante;

las hojas como grandes abanicos,
los festones de flores y lianas,
plátano esbelto de racimos ricos
y doquier las palmeras soberanas.

Y tibio, fuerte aliento en la floresta
embarbaga el sentido con beleño
y acres efluvios de perenne siesta,
para el dulce letargo del ensueño,

¡Qué grato el aguacero
desataba sus hilos lentamente,
a través del ligero
encaje de la niebla transparente!

¡Lluvia, licor del campo, tamizado
en la celeste gasa! Abri la boca,
y bebí de ese néctar delicado
que Dios negó a mi tierra, estéril roca

que tiene las rugosas cicatrices
de incendios de la esfera,
y que del árbol muerde las raíces
y tuesta con el sol la sementera.

En tanto que este milagroso suelo
con humedad y aromas de ambrosia,
el grato don que prodigó el Cielo
al hombre, hijo del Cielo, devolvía;

mi patria desolada
al soplar de unos vientos estivales,
¡ay que nos daba?, nada...
¡los lechos sepulcrales!

Así comparaciones dolorosas,
pesando cual montaña en mi conciencia,
aumentaban lo arcano de las cosas,
sin comprender la santa Providencia.

Pero después mis ojos
iban a mis campiñas verdes antes,
hoy cubiertas de espinas y de abrojos,
ayer alegres, hoy agonizantes.

Así mi alma volvía
a ti, madre infeliz, enjuta y triste.
Perdona mi blasfemia, que eres mía,
aunque pobre naciste...

Oí decir: —¡Revolución!— la gente
huía a aquel terror. Miedo no tuve.
El peligro llegar miré de frente
y la marcha detuve.

—¡Voluntario seré de la partida,
y recobrando los perdidos bríos,
vencedor en cualquiera acometida,
con gloria y rico, tornaré a los míos?

—¿Será a la casa la dichosa vuelta
del héroe, del caudillo improvisado?...
¡Y soñé con el pan de la revuelta,
pan de sangre y de lágrimas bañado!

Así pensando estaba, cuando adentro
saltando aparecieron, desde arriba,
ciento y más, y se oyó el grito de —al centro!
¡viva la libertad, la patria... ¡viva!—

Palideci, mi mente fue a lo lejos,
a mi madre, a mi casa, a aquella loma,
que ese instante estaría a los reflejos
del sol brillando, virginal paloma.

—¿Y qué queréis de mí?— Sois prisionero—
dijo el jefe saltando hacia mi lado.
Luego añadió cortés aunque altanero:
—De los nuestros seréis, de fuerza o grado—.

—De vosotros seré— dije arrogante;
y a la voz que en las filas se extendía
de —¡viva!— —¡viva!—, un paso di adelante...
¡Si tú lo hubieras visto, madre mía!

¡Viva la libertad! ¿Qué era ese nombre
para un siervo del pan? Al cielo plugo
que sea libre solamente el hombre,
para rendirse al yugo...

Y yo, hijo de la paz de la montaña,
criado en un rincón de la ternura,
iba a emprender campaña,
¿para qué?, ¿para quién? ¡a la ventura!

¡Ay contienda civil, dura madrastra!
¡ay vaciedad sonora que nos miente
felicidad, y a servidumbre arrastra
y de sangre se ahoga en la corriente!

El mortal es, a veces,
no sólo aquella corrompida fiera
que a Dios reta en fortunas y reveses:
un loco que se lanza a la carrera.

XLV

Hube de repasar aquel camino
que baja de la andina cordillera.
Tornaba el agua, en desigual destino,
a su fuente primera.

Qué horribles esas noches de vigilia,
en el frío, al silbido de los vientos,
soñando en el calor de la familia
y temblando, al llegar presentimientos

de desgracias cercanas,
sentidas y lloradas... ¿Eran cuáles?
¿cuándo vendrán? La luz de las mañanas
alejaba el terror de aquellos males...

Con aire de arrogancia,
cual soldado de pro, yo era el primero
en buscar al contrario a la distancia,
a todos precediendo en el sendero.

Jornada tras jornada,
íbamos con estruendo y osadía,
sin agua y pan, en la planicie helada,
o en la selva bravia.

Presa del odio y fiebre de la guerra,
no pensamos que en vano
iría en sangre a remojar la tierra
el hermano en contienda con su hermano.

Buscando siempre la enemiga huella,
desafiando a la odiada tiranía,
¡ay nuestra libertad, también como ella,
el campo y el poblado estremecía!

En sigilosa marcha,
por ignoradas e imposibles sendas,
con el sutil aliento de la escarcha,
no plantábamos casi nuestras tiendas.

Sin reposar un solo instante, listos
a todo trance y en la boca ¡alerta!
sin que nadie nos sienta, sin ser vistos,
reyes sin ley en la amplitud desierta;

durmiendo bajo el cielo, en el guijarro,
o en húmedo rincón de las montañas,
en la paja, en el barro,
como indómitas, fieras alimañas;

nuestra arma fue el terror, y todo nuestro:
los caballos, las reses, el sembrado:
invencible poder duro y siniestro
por el ajeno miedo sustentado.

En la tenaz campaña,
a descubierta y emboscada, presto,
presto a cualquier hazaña,
gané mi honrado puesto.

Y el pobre voluntario de la sierra
que comenzó por último soldado,
al final de la guerra,
por todos capitán fue proclamado.

¡Oh ignominia y miseria!
Sin entender por qué, grande sentime:
era la pesadez de la materia
que nubla al cabo la razón sublime.

Y jóvenes y bravos,
íbamos a morir, como morían
los gladiadores del Imperio, esclavos
que sólo el arte de morir sabían.

XLVI

Era el amanecer, El fondo puro
del cielo, en la rompiente de la aurora,
velado aparecía, al claroscuro
de una lumbre incolora.

Las estrellas, amores
de la pálida noche, una, por una,
entornaban los ojos brilladores,
al alejarse la muriente luna.

Cierzo de las cercanas cordilleras
gemía en los desiertos pajonales;
eran sus notas, notas lastimeras,
como un salmo de voces sepulcrales.

Blanco tornóse el cielo. Ni un lucero
quedó sobre su piélago infinito.
Se oyó en seguida que el clarín guerrero
juntaba el son del centinela al grito.

Después clamor alegre... ¡la mañana!
¿Si será para muerte o para vida,
la guerrera diana,
idioma del triunfo o de la huida?

Silbó el primer disparo, seco, agudo,
Aquel supremo, trágico momento,
palidecí, temblé; trémulo, mudo,
no acertaba a gritar, perdí el aliento.

Y doquier resonaba: —¡viva!— —¡muera!—
el estruendo y humear de los fusiles,
entre el humo flotaba la bandera
y las balas rompían los cántiles.

Fue, al principio, el terror, escalofrío,
miedo, vacilación y la inconsciencia,
y después el valor, balor bravio:
el vértigo, el furor y la demencia.

Adelante, adelante,
siempre en alto mi espada;
mostró del enemigo la distante
línea que ardía en roja llamarada.

Seguí, corri... Ya cerca lució el fuego
de la contraria gente.
—¡Muchachos adelante!— Casi ciego,
me abalancé, de mi columna al frente.

Torné la vista atrás... ¿Dónde los míos?
En improvisa rota se volvían.
Ante sus puestos en la lid vacíos,
mis miembros de furor se estremecían.

Y lancéme a la muerte...
Vi de un fusil abierta la ignea boca...
Después súbito golpe... Rodé inerte,
gual guijarro arrancado de una roca.

Aquel minuto inmenso,
sentí todo el espíritu inflamado,
en explosión de vida, en un intenso
afán, contra la muerte rebelado.

En sucesión de fiebre y desvarío,
juntas llegaron las memorias todas,
a la luz de un relámpago... ¡Amor mío,
madre, heredad, mis sueños y mis bodas...!

Una línea de fuego ardía en torno,
al clamor de la bélica algarada.
Presto la sed, la angustia y el bochorno,
y al fin, perdí el sentido... y nada, nada...

XLVII

En uno como sueño de agonía,
con las ansias del golpe postrimero,
miré a Antón frente a mi. Y Antón traía
la contraria divisa en el sombrero.

¡La contraria divisa!... —Cierto? ¿cierto?
¿lo soñé? ¿lo miré?... Tremenda y grave
sombra cubrió mi mente... Si estoy muerto,
o vivo, o loco ¡lo sabrá quién sabe!...

XLVIII

Despierto al fin del prolongado sueño...
Nací otra vez... ¡Oh resplandor del día,
oh primavera de fulgor risueño!
La luz en las ventanas sonreía.

—¿Y dónde estoy— ¡Dios mío!
Eres la voz primera en que los labios
prorrumpen, al tornar del desvarío,
en boca de los necios y los sabios.

Miré vendado mi derecho brazo,
sentí sangrando mi cabeza herida,
dióme la santa caridad su abrazo,
y restauró la fuente de mi vida.

—Escribid a mi madre, buena Hermana,
que vive el hijo que por verla muere,
que no me olvide mi adorada Juana,
que pronto volveré, si Dios lo quiere.

Que yo para ellas vivo,
que perdonen al pobre su locura;
que roto el brazo, por dolor no escribo;
que presto acabará mi desventura.—

Y luego, desbordado de mi seno,
como el agua en el ánfora colmada,
mi llanto se vació... Quedé sereno,
y mi alma a su desdicha resignada.

Pues la pena con lágrimas se aquieta
y con la luz el tenebroso duelo:
que hay una santa afinidad secreta
entre el dolor y la piedad del Cielo.

Cartas dolientes mías cuantas fueron
a mi casa, palomas mensajeras.
¡Ay aquellas palomas no volvieron!
—ni volverán... ¡aunque a nacer volvieras!—

Así, fosca y sombría,
una voz murmurando en mis oídos
al lacerado corazón decía,
y el corazón rompía en alaridos.

¡Estéril aguardar, opaco y denso
horizonte que en noche se convierte!
¿Cuándo será?... ¡Distancia, mar inmenso,
ausencia más terrible que la muerte!

CUARTA PARTE

XLIX

Un mes y dos y tres, lentos pasaron,
yo tenaz escribiendo mis mensajes.
¡Desgraciados correos que llevaron
mis cartas, en estériles viajes!

¿Ha muerto ella? Dios mío,
¿quizás mi madre habita el camposanto?
¿Si en mi puesto vacío
alguien se sentará? ¡piedad, Dios Santo!...

Fantasmas de sospecha, de recelo
se sucedían en la mente; odiosa
sentí la realidad, y huir el suelo
bajo mi planta incierta y temblorosa.

Alguna vez, como un alción errante,
del insonable mar de mi amargura,
extendía las alas vacilante
mi plegaria en demanda de ternura.

Y venía la paz, la paz perdida;
y meditados los postreros fines,
miraba cómo entre ésta y la otra vida
se borraban del todo los confines...

Y volvía a la tierra, y empezaba
yo a amar de nuevo, con pasión que no era
de incertidumbre y de terror esclava,
sino ingenua y feliz, cual la primera.

L

Qué ingrata y torva la civil discordia:
¡cóndor al combatir, al vencer cuervo!
No tiene el vencedor misericordia,
y es el vencido un siervo.

Combatimos, ¿por qué?... Cuando las venas
se abren al fin por las heridas, cuando
vecinos a la muerte, las sirenas
de incierta libertad llegan cantando;

y cuando apagan su rumor los bronces
y cesa la canción de los clarines,
torna a las almas la piedad: entonces
de la lid vemos los innobles fines.

La terrible ambición nos precipita
del monstruo humano, que en soberbia plena,
nos envuelve en su cólera maldita,
y a servidumbre y muerte nos condena.

Y la fiera que en impetu sañudo
luchó y venció con brillo soberano,
la altivez de su ser guardar no pudo,
y volvió al seno del rebaño humano.

Yo que vencido fui, yo que rendido
fui de la libertad al falso nombre;
no a ajena libertad debí el olvido:
no fui para ella ciudadano ni hombre.

Casi muerto y sintiendo
del amor de los míos la dolencia
y más distante, mi regreso viendo,
oi por fin la postrimer sentencia.

—Pues te has salvado del furor del hierro,
pues te salvó la caridad la vida,
ya no es tuya esta patria, ve al destierro—,
esa otra muerte mucho más temida.

Y cumpliôse el mandato, en el nocturno
silencio. Al puerto fuimos, de carrera,
rebaño de dolor... Llegóme el turno,
y me echaron afuera...

Arrojado en el fondo de una nave
con otros, como yo, tan desgraciados,
aspirando el aliento, tibio y suave
de nuestros bosques, como nunca amados,

miré al pasar, cobarde,
cada vez más angosta,
a la luz moribunda de una tarde,
la verde faja de la patria costa;

después, allá, una luz: ¡el pobre faro!
ojo insistente que miraba al triste
que en final desamparo
cree que nada ya para él existe.

¡Y cuan hondo silencio el de los mares
y sollozando revolcarse a solas
y beber y comer sólo pesares
y dormirse al estruendo de las olas!...

No quise ver el sol. Me arrojé al seno
de la cárcel sombría
del barco, donde el resplandor sereno
no filtraba en la breve celosía.

Cuando la nave me arrojó a extranjero
suelo, cual planta seca y sin raíces
que el furor arrancó, dije: —¡me muerlo!—
al sangrar mis antiguas cicatrices.

Dentro del corazón hallé el desierto,
la anulación, de la idiotez la calma.
¡Feliz si hubiera muerto!...
¿a qué vivir sin la mitad del alma?

En las brumosas noches del ausente,
al contemplar el astro,
que venía de allá, desde el oriente,
cual urna de alabastro;

se estremecía mi alma solitaria;
plegada el ala mustia,
no acertaba su idioma la plegaria,
en la terrible noche de mi angustia.

Y decía: —¡feliz el astro amado,
que desde las alturas, mirar puede
la vega, el caserío y el sembrado
que el Cielo contemplar no me concede!

Envía de su lumbré la mirada
a mi terruño el astro compasivo.
Yo, en suelo extraño, sin los míos, nada
soy ya, ni puedo... ¿al fin, para qué vivo?...



LI

Juntos en la vigilia,
Los proscritos solemos
recordar el calor de la familia,
y llorando las cartas nos leemos.

¡No yo! que nada puedo
de los míos mostrar. Tan sólo digo
a mis hermanos de dolor el miedo
y mi duda, ¡esa vivora que abrigó!

Y por templar los fríos de esa duda,
mi amor mirando en la emoción distinto
y claro, la esquivéz se desanuda,
y a mi amada les pinto:

como la vi el instante inolvidable
aquel de su venida,
candorosa, divina y adorable,
en la beldad suprema de la vida:

Pequeña, pequeñita,
con ojos melancólicos de ensueño,
con la nariz que a la emoción palpita,
rojos los labios, el color trigueño;

esponjada la endrina cabellera,
cual sedoso plumón, bajo la arcada
de las oscuras cejas, la certera
flecha de la mirada;

la forma redondeada en líneas breves
de turgente escultura:
un conjunto de rosas y de nieves,
blanca como el crepúsculo y oscura.

Cuan gentil la garganta,
movible el talle y el andar airoso,
y en la mejilla, con primor que encanta,
el hoyuelo gracioso.

Los dientes como granos
de maiz, esa flor de la campiña;
y de seda las manos:
¡un ángel en la carne de una niña!

Y empapa sus mejillas la frescura
del llanto, lluvia límpida que moja
y hace más codiciada la hermosura
de la joyapa roja.

Mía no fue un instante
sino en la timidez de la inocencia.
El odio mismo que miré delante
entre los dos el mar puso y la ausencia.

Nuestra pasión primera todavía
no a plenitud llegó de los amores.
Tuvo sólo el perfume, la ambrosía
y la dulce inocencia de las flores.

LII

Al fin llegó el perdón, que nada dura
ni la humana venganza,
Llegó cuando en abierta sepultura
a dormir, se rendía la esperanza.

¡Ingrata y hosca la civil discordia,
que entrañas nunca tiene,
y cuando trae al fin misericordia,
tarde, muy tarde viene!

Y casi indiferente,
de la patria miré franca la entrada:
que no es para el doliente
la patria, en que su ausencia está olvidada...

Iré, desprendida hoja,
que a discreción de la fortuna ciega
voluble viento hacia el confin arroja,
y al término no llega.

Mas, volveré! y volví. Saltó la planta
sobre el movible puente de la nave.
¡Tierra dulce y gentil! oh madre santa!
¿si te veré...? ¡quién sabe!...

¡Oh qué intensa emoción, cuando la raya
se dibujó al confin del horizonte!
Ese el golfo, las islas y la playa
y el monte azul, el gigantesco monte!

Y detrás, este sol que hora caliente
de la costa las húmedas sabanas,
¡alumbrará mi tierra amarillenta,
el barranco, la casa y las ventanas!

¿Si en el desierto nido
encontraré a los mismos que he dejado,
bajo la sombra del hogar querido?
¿si lo hallaré talvez abandonado?

Vino a mi alma glacial melancolía,
cuando vi que llorosas las palmeras,
de la callada ría,
inclinaban su copa, en las riberas

LIII

Salté a la playa, con fingido arrojo,
y tentando olvidar la duda artera,
de un naufragio despojo,
me arrojaba el naufragio a la ribera.

Sení venir de allá, de mis montañas,
un viento perfumado,
y trascendió su aroma a mis entrañas,
y al instante creíme transformado.

Recobré el ardimiento,
pues la inexhausta savia de mi tierra
me devolvía el juvenil aliento,
que en lo profundo de su seno encierra.

Busqué luego la senda conocida,
por donde hui, mendigo, aventurero.
Bajo la selva tropical, tupida,
me saludó sonante el aguacero.

Oí decir: —ya en nuestros campos llueve.—
Preguntar quise a los paisanos; —qué era
de los míos?... —¡El triste no se atreve!
¡temblé saber lo que ignorar debiera!

Y, palpitante el pecho, adivinaba
mi árida pampa ardiente
que en flores y verdor se engalanaba,
al volver el ausente.

Ya el arroyo en la hacienda llevaría
la savia y el rumor, tarde y mañana;
el fresno en el jardín florecería;
la pasionaria, al pie de la ventana.

Fingiendo así las adoradas cosas,
seguí por el camino.
Luego un aroma, el de las patrias rosas,
por el sendero vino...

Vino en alas del viento: era el perfume,
el mismo que el recuerdo me traía,
pebetero que al cielo se consume
en las laderas de la patria mía.

Otra jornada. No era ya la estepa
que tostada dejé por los ardores
del sol: vestida la rugosa cepa,
mostraba al viento su jirón de flores.

El fresco manantial había nacido
en las hispidas cuencas, y bajaba
en leves hilos del peñón erguido
y en el menudo césped borbotaba.

¡Tierra mullida y buena
cuando la lluvia generosa abunda!
la que hincha la ubre y llena
de esa madre gentil, hora fecunda!

Subí de la gigante cordillera
por las macizas gradas!
De aquella, como blanca cabellera,
bajaban las cascadas.

Y el agua, esa codicia, ese tesoro,
lloraba en el peñón, cuajaba el barro,
henchía el musgo en perlas de su lloro,
sudaba en el guijarro.

Ascendí en lenta marcha
por la senda rasgada en los repechos
del monte: blanca escarcha
cubría de diamantes los helechos.

Era la misma tierra que yo amaba,
el campo verde, el alisar lozano.
El Señor otra vez su amor me daba
¡talvez tarde y en vano!

Llegué a la cumbre, de las tierras mías,
balcón de luz: desde él, miré temblando
las grandes, las brumosos lejanías
de la sierra natal, y sollozando

oculté con las manos mi semblante,
con las lágrimas ciego,
para no ver en el supremo instante,
lejos el campo, que vería luego.

Y lo temía ver, porque escondía
de mi vida el misterio. Blanquecino,
el vapor parecía
envolver en sus pliegues mi destino.

Era el atardecer, Allá, distintas,
cual regiones perdidas y encantadas,
del sol de ocaso a las cambiantes tintas,
veíanse las sierras onduladas.

Y en cuadros alternados la pradera
de la mies con el oro, la verdura
de reciente y de antigua sementera
y de la niebla la movable albura.

En ese punto, allá, bajo esa cresta,
en aquella hendidura, está el querido
alar, mansión de paz, florida cesta:
¡la heredad, el amor, la madre, el nido!

LIV

Sonó al fin el instante, aquel tremendo
y tenebroso instante; a largo paso,
por la cuesta ascendí desfalleciendo,
a los últimos rayos del ocaso.

Del corazón al desigual latido,
presa de inconcebible pesadumbre,
rotas las ligaduras del sentido,
temblé, palidecí, gané la cumbre.

Y salté del corcel. Súbito llanto
se desató quemando mis mejillas.
Horror senti como el final espanto,
y me abracé a la tierra de rodillas.

Allí, lejos, al fondo, en la barranca,
la casa de mi amor aparecía,
bella, cual nunca, como nunca, blanca,
con la postrera palidez del día.

¡Oh paisaje gentil! encantadora
imagen de aquella única hermosura!
¡Ah cómo la estación fecundadora
vestido había el campo de verdura!

En apiñadas haces
las retamas en flor, en la pendiente,
ondulaban cambiantes y fugaces,
sus oros duplicando al sol poniente.

Con intenso vigor naturaleza
en los pelados troncos nuevas ramas
formado había, y la estival corteza
cubierto de lianas y de gramas.

Y el húmedo, aromado vientecillo
que surgía del fondo de la vega,
oliente a rosa, albahaca y a tomillo
era como un licor que al alma llega.

En retorcido y ondulante grumo,
de la boca de la alta chimenea,
brotaba el humo y ascendía el humo,
rojo a los besos de la luz febea.

¿Y el fresno, el fresno de oro
que en el huerto la granja presidía,
do los gorriones en silvestre coro
preludiaban el día?

¿Dónde la florecida enredadera
que ceñía amorosa la ventana?
¿Detrás de ella, me espera o no me espera
la prometida Juana?

El árbol, centinela del cortijo,
no extendía la copa en la eminencia;
recuerdo, talvez último, de tu hijo,
¡madre, murió en mi ausencia!

Los balcones sin flores, y cerradas
las puertas, ya no blancas como eran,
de amarillo pintadas:
detrás de ellas, ¿me esperan, no me esperan?

De repente, cual nitida paloma,
apareció la luna;
y su cendal de luz cayó en la loma,
do estaba mi desdicha o mi fortuna.

Encendieron sus faros las estrellas
del infinito en las oscuras vías;
y la torre con ritmo de querellas
entonó la canción de avernarias.

Avancé lentamente,
cual leve manantial en las arenas.
¡Piedad, Señor, al corazón que siente!
y se me heló la sangre entre las venas.

LV

Cerca ya, tembloroso y palpitante,
del corazón al pertinaz latido,
al seguir como a tientas adelante,
Martin me ha sorprendido.

Huye al verme, le grito, no me atiende.
Corro tras él, lo alcanzo en la cañada.
Tiembla al mirarme, mi dolor comprende,
con la rugosa faz desencajada.

¿Que me han creído muerto... y estoy vivo!
—¡Señor!— y —tiembla aún.— No temas, dime
¿mi madre? ¿Juana?... Congojoso, esquivo,
me contesta. —¡Aguardad!— y luego gime.

Un eterno minuto
y un eterno silencio, en que batallo,
trémulo, vacilante, irresoluto:
Martin calla, yo callo.

¿Qué? ¿han muerto?— No señor! Hora tremenda!
Alguien entonces galopando pasa.
¡Es Antón!... Ni nos mira. Por la senda
se pierde allá, pues torna hacia la casa.

¡Nuevas no sospechadas! Ya sé todo.
La fiebre en mis entrañas se rebela!
Remueve adentro la tormenta el lodo,
la fantasía a la venganza vuela.

Que muerto me creyeron!
Que mi ausencia fue el hueco de una fosa!
Que mis cartas llegaron y murieron
en las manos de Antón!... ¡Juana es su esposa!

¡Nadie sabe de mí! ¡Todo se ignora!...
Y ella es ya madre, en el hogar se escucha
de un infante el vagido, y ella ahora
en el delirio de la fiebre lucha!

Entonces, corro a casa, a ver aquese
infierno de mi inútil existencia.
La fiera humana en mis entrañas crece:
¡mataré, moriré...! ¡feroz sentencia!

Acaricio el puñal sobre mi seno;
y con terrible, insólita pujanza,
siento el mareo horrible del veneno
y la embriaguez del odio y la venganza.

Martin desapareció. Toco a la puerta.
Mi perro luchador salta a la entrada,
se abalanza, me muerde. ¡Están alerta!
¡a morir, a matar!... ¡o todo o nada!...

Pero se oye el murmullo de un gemido,
alguien viene hacia mí ¡y están en vela!,
al fondo del jardín cruje un vestido,
la suprema emoción mis carnes hiela!

¡Mi madre! ¿Habrá en el mundo quien acierte
a decir lo que siento, el desvario,
la fiebre y la ansiedad como de muerte
de mi amor, al oír: —Ay! hijo mío!—

Así, al gritar, encima de la grama,
halló a su mal improvisado lecho.
Se apaga mi furor cual débil llama
y se me salta el corazón del pecho.

Y dos silencios hablan: es el mío
un silencio mortal, el de los celos:
el furor de la afrenta, el desvario,
el suyo es el silencio de los cielos...

En sus brazos, a plomo,
caigo, por la ira y la venganza, ciego.
Esos instantes, casi siglos, cómo
mezclamos nuestras lágrimas de fuego!

¡Oh solitario drama!
¿quién sino yo ha pasado sus escenas?
¡Martirio cruel del que de veras ama!
¡Se estremecen las cuerdas de mis venas!

Desfalleciente quedo,
anonadado, inerte.
Me aplasta una montaña, ¡tengo miedo!
¡oh dolor más tremendo que la muerte!

¿Qué hacer?— Oye, hijo mío,
no vayas—. Ay! la casa ya no es mía!...
Invádeme febril escalofrío,
y tengo languidez cual de agonía...

Despierto! De la noche el frío cierto
me vuelve a la existencia horrible y dura,
y mi alma tienta el postrimer esfuerzo,
en uno como ardor de calentura.

Y, presa del delirio, del espanto,
en terrible y febril sonambulismo,
abandono a mi madre, me levanto,
y echo a correr, huyendo de mí mismo!

Huyo de mi dolor, que va conmigo:
¡otra vez el caballo! ¡a la carrera!
hacia la ajena tierra, sin abrigo,
sin amor y sin pan, hasta que muera!

¡Vamos muy lejos, sin hallar reposo,
hasta el olvido. Y la conciencia pierdo,
cuando otra vez el maternal sollozo
suena, y queda sonando en mi recuerdo.

Y al escuchar de lejos los gemidos
últimos de mi madre, se me arrancan
los nervios ateridos,
las pulsaciones trémulas se estancan.

Es el grito supremo de agonía
que lanza en el jardín la dulce y buena
la tierna madre mía,
que queda allí sobre esa tierra ajena...

Y no la veré más. Perdí su encanto
y el único cariño
que no miente jamás, y es puro y santo
como el candor de un niño.

Ay! si este instante sucumbir pudiera
y a mi mortal desmayo
término la piedad del cielo diera
con el furor del rayo!

Pero, en esta batalla,
por maldición, el corazón resiste,
y el impasible Cielo mira y calla,
y el que debe morir queda ¡y existe!

Perdido en el confin de la locura,
en la explosión de insólito ardimiento,
corro, vuelo: la cumbre, la llanura!
¡el viento soy, del torbellino el viento!

que fue a dormir al seno de unas flores
y las halló marchitas;
y con ímpetu y gritos rugidores,
volará en mar y tierras infinitas,

a revolver el polvo en el sendero,
a soplar el infierno de las fraguas,
a desatar sonante el aguacero,
a amontonar las aguas.

Soy el leproso de mi casa, el pobre
a quien no se dará ni una migaja,
sino el agua salobre
que quemadora de sus ojos baja.

Soy ludibrio del tiempo y de la suerte,
forzado de la vida: despiadada,
es para mi mentira hasta la muerte:
¿a qué nací del fondo de la nada?

LVI

Venga piadosa nave,
y por siempre me aleje de la tierra
donde ¡el Señor lo sabe!
todo el abismo de mi mal se encierra.

¡Inmensidad del mar, do se confunde
el inmenso dolor, abismo en donde
con su vergüenza se hunde
el infeliz que su vergüenza esconde!

Y la calma me vino,
que es como plenitud de la dolencia,
Ya sin madre, sin patria y sin destino,
vagué en la indecisión de la demencia.

Pesadas, soñolientas,
al compás de mortales desengaños,
con el cansancio de la pena lentas,
pasan largas las horas de mis años.

Tan sólo en la infinita
quietud de otras esferas, soberana,
donde se juntan en perenne cita,
la alta razón y la flaqueza humana;

los náufragos, al fin, en la tormenta
de la vida, encontramos la tranquila
mansión, do el alma, de la luz sedienta,
cobra otra vez la luz de su pupila.

Planta sin tierra, busca
en vano mi raíz suelo piadoso.
¿Quién habrá que a esa tierra me conduzca
para un breve reposo?

¿Dónde encontrar, en el destierro, asilo
a este dolor que mis entrañas quema?
¿cuándo arrancar de este puñal el filo
que abrió la herida, la última y suprema?

Para otros sean cielo, mar y cumbre,
el néctar de los aires, que se bebe
en la copa vital, del sol la lumbre
y de la luna la caricia leve.

Son para mí: la sombra,
agua del fango, tósigo que vierte
la flor... La envidia ocúltase y me nombra,
y huye de mí la muerte.

LVII

En memorable noche, cuando grave
daba lenta la una
el reloj de la nave,
y lucía en el mar llena la luna;

y el misterio del mundo
me embargaba, el arcano de mí mismo
inquiriendo y veía más profundo
de mi vida el abismo;

después de meditar paciente y largo,
sin salida encontrar al vano empeño,
llegó la dulce inercia y el letargo
con la piedad del sueño.

Y con ella soñé. Volví a ella, cuando
juntos en el portal de la alquería,
estábamos mirando
huir la luna en la extensión vacía.

Ella llorando y sollozando, dijo:
—ya ves que vuelvo a ti, cerca, a tu lado...
mas, no aborrezcas, por piedad, a mi hijo:
¡este hijo de la pena, que me han dado!—

La recibí en el seno palpitante,
la escondí en la prisión de mis abrazos,
la estreché delirante,
anudando sus brazos a mis brazos.

—Antes que tú he venido
a esta mansión de paz, aquí te espero...—
Desperté con el son de mi gemido,
y grité—: ya está muerta, y yo no muerol—

Y perdidos los lindes de las cosas,
los de aquí, los de allá, resucitada,
la miré, con ternuras deliciosas,
y una emoción que ciega y que anonada.

Ay! pobre novia mía,
más infeliz que yo, ¿se fue tan luego
de aquella tierra donde amar quería,
a la mansión que no escuchó su ruego?

Y quedé meditando
cómo todo se trueca y se derrumba,
¡para quedar amando, sólo amando
el más allá impasible de la tumba...!

LVIII

Otra noche, un quejido
me llega desde lejos en las olas.
Despierto... Es de mi madre que ha venido;
la llamo y quedo, como siempre, a solas.

Mas, su espíritu siento
que viene desde lejos, se me acerca,
cual hálito del viento,
que sopla, que me halaga, que me cerca.

Y después ¡el silencio!... ¿Fue la cita
de mi madre al partir? su voz de cielo,
que mi amargura y soledad visita,
para darme un instante de consuelo?

¡Oh, madre, adiós! me queda sólo ahora
¡ay demandarte, del amor perdido
el último perdón! El que te adora
¡te perdona el dolor de haber nacido!...

LIX

Sali en busca de pan, siempre confiado
y soñador, pensando en la anhelada
vuelta con pajas para el nido, amado
rincón, única tierra codiciada.

Fue el premio a mi fatiga
el galardón que la virtud merece.
Mas, negóme la suerte, ¡esa enemiga!,
que Ella señora de mis dones fuese.

¡Enojosa riqueza,
ésta, que hoy codicioso cambiaria
por el lecho feliz de la pobreza
en el regazo de la amada mía!

¡Feliz el que acabó donde ha nacido,
y no otra patria, ni otro amor conoce!
Dios le dió lo soñado y lo pedido,
la dicha sin pasión, sin ansia el goce.

Ay! mis seres queridos!
¿Vives, madre del alma? ¿Juana, existes?
¿es aún nuestra la heredad? ¿sois idos?
¿sois, como yo, tan tristes?

Y si vivis, ¿qué importa a mi destino,
pues ya morí esa vez, si fue mi ausencia
la muerte; y queda, al fin de mi camino,
el martirio tenaz de la existencia?

LX

Rama arrancada y mustia,
me arrastro con los vientos y las olas.
Eco no encuentra mi insondable angustia,
y se retuerce mi dolor a solas.

Y como huyendo de mí mismo, errante,
sin rumbo, sigo, a no encontrar reposo,
y me alejo hasta el término distante,
y amo el oceano vasto y proceloso

Mas ora, desde el puente de la barca,
ora desde la costa,
mi vista, en todo lo que ansiosa abarca,
va siempre a aquella angosta

vega, que, recostada a una ladera,
se alza y la veo en sueños,
donde nadie me llama ni me espera;
¡pues son otros los dueños!...

Allá se va, cual pájaro marino
mi loca fantasía,
y no llega jamás: que en el camino
se quiebra el ala en la extensión vacía.

Nací como el gusano
para la gota de agua. Díome el Cielo
la tierra, el mar, en vano:
el insecto a su cuna torna el vuelo.

Y proscrito y errante en el planeta,
llevando de mí dicha los despojos,
sigo en lenta jornada hacia la meta,
con lo imposible en los nublados ojos.

Y arrastro, cual vencido de la suerte,
sangrando siempre la incurable herida;
e, insensible a la cita de la muerte,
la viudez perpetua de mi vida.